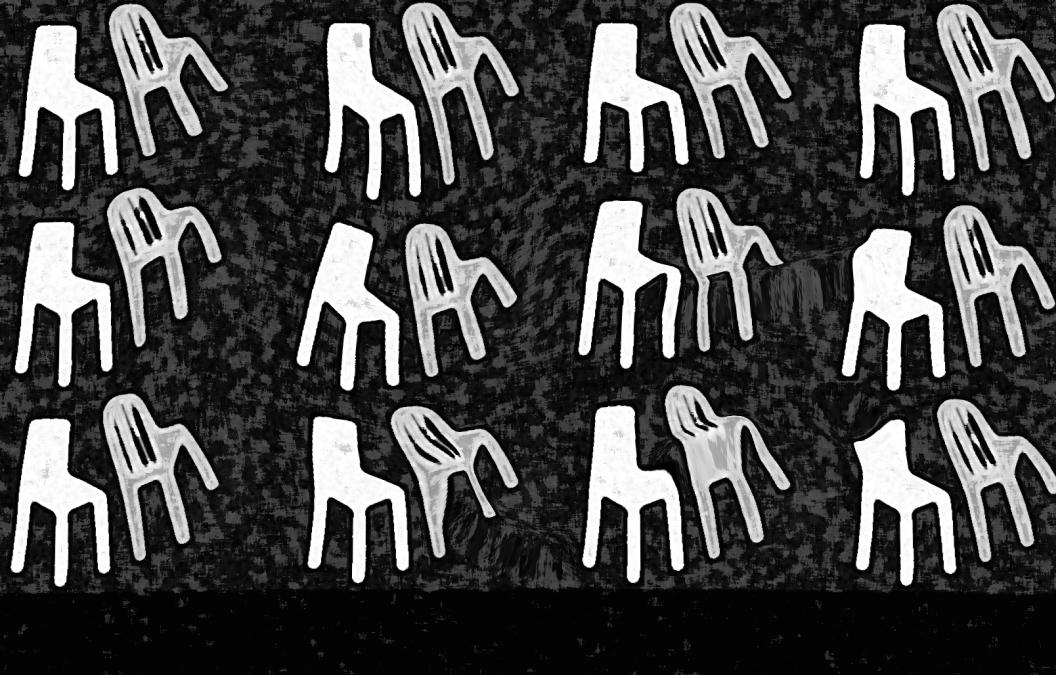
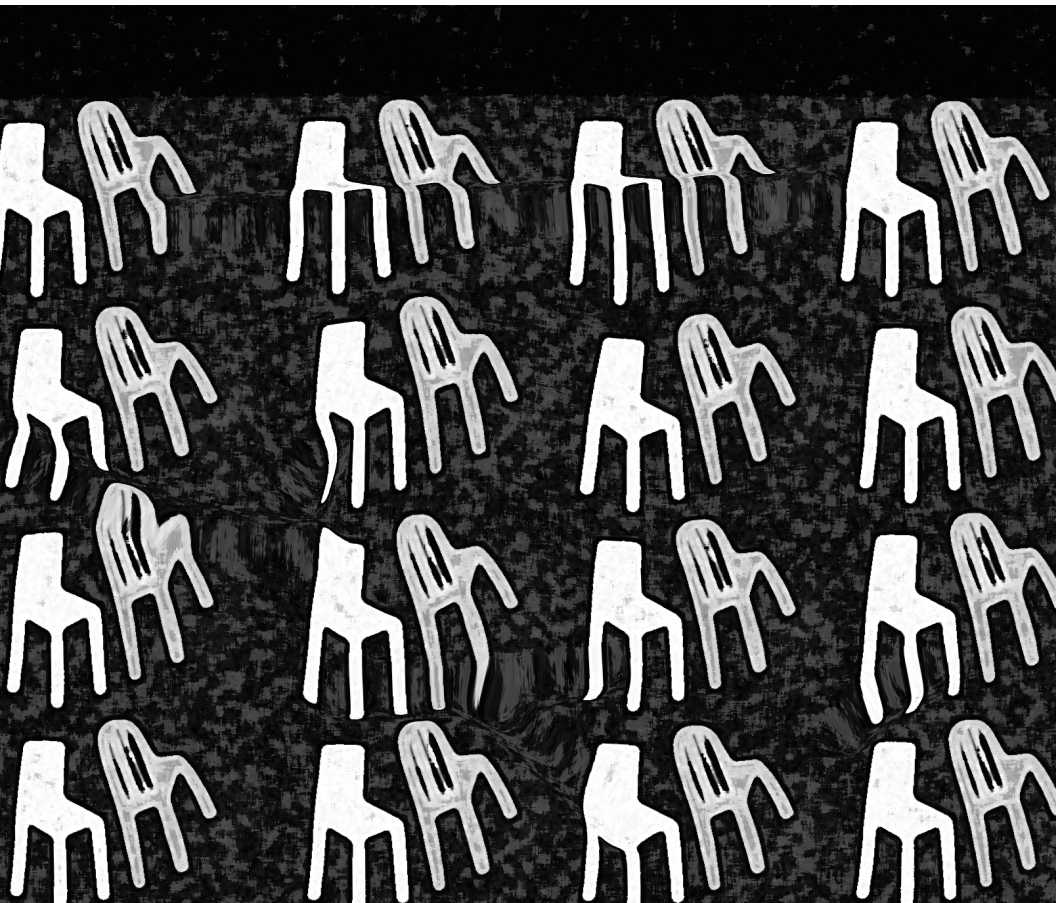

MEMORIAL DE LOS ABISMOS
césar bisso | floriano martins



Memorial de los abismos





Colección Libros
Imposibles



MEMORIAL DE LOS ABISMOS

César Bisso
Floriano Martins

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
-2024-

Bisso, César. 1952 / Martins, Floriano, 1957
Memorial de los abismos / César Bisso, Floriano Martins --1ª ed.--
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
74 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 3 > <Digital>
1. Ensayo brasileño / argentino. 2. Literatura brasileña / argentina.
I. Título.

Primera edición, 2024

Colección Libros Imposibles #3
Memorial de los abismos
© César Bisso
© Floriano Martins
Diseño editorial:
Melvyn Aguilar
Portada & ensayo fotográfico :
Floriano Martins
Coordinación editorial:
Juana M. Ramos
Corrección filológica:
Los autores



Génesis, la mirada furtiva

Cuando miramos cualquier página del movimiento del planeta y sus especies, las relaciones entre animales, vegetales, minerales, ciclos climáticos, rituales de fertilización, esa cadena de causas y efectos arroja dudas sobre si la presencia del hombre es beneficiosa de alguna manera. Es como si fuéramos el único personaje intrascendente en escena. Como si nuestra existencia nunca hubiera dejado de ser, ni siquiera intencionadamente, individual. Cuando dos poetas se juntan en torno a una creación colectiva, la construcción de un libro común, compartido en sus sesiones automáticas y consecutivas, quizás sea ese el momento en el que empezamos a participar del milagro de la naturaleza.

Dos poetas unidos pueden destruir el mundo, pero no pueden alcanzar el silencio. Quizás por eso iniciaron este recorrido alegórico por el absurdo, tratando de introducir sus voces en el corazón de la naturaleza. Cuando un cisne negro nada en las aguas del lago dorado simboliza el encuentro de la belleza con la poesía. Para el hombre común que mira desde la orilla es solo un cisne nadando. Desde la percepción poética es el baño de la luna, desnuda entre los juncos, a la espera del abrazo del sol. Así funciona esta locura de escribir. Si alguien se anima a leer los textos de este libro comprobará su semejanza con la isla de San Borondón, la misma que aparece y desaparece en medio del océano. Porque nuestros textos dicen y no dicen. Los une el deseo real de ser palabra invisible, como la propia isla que muchos ven, pero no existe. Hablan solos, desde distintos espacios, respiran sin intoxicarse, preservan la distancia, no se dañan. Tampoco hay culpa en ellos, ni maldición. Y seguirán juntos, hasta que el silencio los separe.

El silencio, sin embargo, ya ha dejado claro que no tiene ningún interés en separarnos. Hablaremos siempre, incluso dentro de su estómago. Plantaremos en la tierra toda una cosecha de escaleras que seducirán a Job en sus peregrinaciones, ya sea a través de los sueños o de la vigilia. Gracias a él entendemos que ninguna historia es superior a otra, y que nada nos espera más allá del horizonte. Los espejismos son el resultado de una gran abstracción que transmitimos todo el tiempo, eludiendo tanto el lenguaje como la vertiginosa metáfora que hace creer a los hombres en el paraíso. La metáfora es una pasión inscrita de forma natural en la piel del tiempo. Sin embargo, no hay regularidad posible ni siquiera para la sorpresa. El silencio a veces cruza un desierto de líneas inesperadas. Mientras tanto, escribimos como quien le pela las orejas a la tradición, o como quien inunda de paradojas las viejas tablas de la metafísica.

Est et fideli tuta, dice Horacio en una de sus Odas. El premio al silencio más fiel lo otorga la voz muda de la poesía. Llevamos en una adarga la angustia de fingir ser poetas que se abalanzan sobre la mesa para morder el pan de la creación. A veces, con suerte, el pan sale del horno blando y orondo. Otras, muchas, el pan viene duro y rancio. Pero el hambre de la escritura puede más. Nadie puede dejar la ofrenda de lado. Es necesario seguir amasando metáforas, símbolos, intuiciones. Vivir cada experiencia con las palabras como si quisiéramos liberar a Excalibur de la piedra mágica. Atravesados por los espejismos del tiempo, aguardando la lluvia de la inspiración bajo los relámpagos de la noche, solo nos alienta el deseo de compartir la locura de ver al mundo y sus criaturas yendo al revés, de la falsa verdad a la confesión fatal. Intentamos poner en escena la tragedia de la vida, donde solo la poesía está salvo en el teatro de las apariencias y los engaños. Ella nos sirve el pan cotidiano y bebe la sangre secular. Lo que resta es demostrar nuestra fidelidad y cubrir el gran vacío existencial desde el desabrigo del lenguaje.

¿Y cuándo lo que conocemos como inspiración se convierte en una fuente perenne que nunca deja de alimentar nuestro propio aliento? Las páginas silenciosas aprenden a hablar con nosotros, dos poetas que un día caminaban por la noche ventilada de una ciudad boliviana y allí mismo, sin siquiera darnos cuenta, comenzamos a escribir este libro. El principio nunca será una conveniencia sino una convulsión que prepara los motivos más profundos de la existencia común. Por eso un memorial de los abismos es un delta situado entre dos voces que se identifican. Y el libro comienza entonces a componerse de actos que despiertan los hilos continuos del centro prometido donde cada nota o verbo o imagen augura un desbordamiento de significados. Todos los grados del ser, la esfera mágica de su convivencia, comenzaron a perfilarse figuras, sombras, inquietudes, desde el momento en que César Bisso y Floriano Martins intuyeron en sus rostros, aquella noche en Santa Cruz de la Sierra, la grandeza de un viaje más allá de todos los tiempos, más amplio que la vorágine de todos los lugares. El libro, marcado por un encuentro fruto de un azar objetivo, proviene también de una civilización poética que de otro modo nunca daría forma a su nacimiento.

Nuestro hacer vislumbra un camino. Nos hemos elegidos por el azar y nos implicamos en el empeño por torcer el curso de la realidad. No somos poseedores de una escritura inabordable, pero nos sentimos regidos por la diosa blanca. Desafiamos la jungla humana, hasta que los elefantes astillen nuestros pensamientos y los escarabajos se conviertan en palabras. Ojalá los textos de este libro lleguen a los que niegan otras maneras de mirar. Nosotros, aquella noche en la ciudad de los anillos, vimos danzar a las estrellas. Comenzamos a respirar dentro de un poema.

Coronda (Argentina) / Fortaleza (Brasil)

Año 2024

Que retumbe en el silencio lo que se escribe, para que el silencio retumbe largamente, antes de volver a la paz inmóvil entre la que sigue velando el enigma.

MAURICE BLANCHOT

La mayor belleza del mundo es la sombra de tu desnudez aliendo del fuego.

JEAN BEGMOT



La conversación

A fines de la década del noventa tuve la oportunidad de participar en una mesa de lectura en la sede de la Sociedad Argentina de Escritores. Aquella noche leí un poema que albergaba la palabra "cucaracha". No soy de aquellos que explican los poemas, pero esa palabra tenía un sentido trascendental dentro del texto. Al finalizar la lectura, una señora se acercó y me dijo, casi ofuscada: —*Cómo puede usar la palabra cucaracha en un poema, es asquerosa*. Sorprendido por su comentario le respondí con esta pregunta: ¿la palabra o el insecto? Traigo al presente la anécdota porque me gustaría debatir sobre el uso y el sentido que le damos a ciertas palabras en la escritura poética, como fue en este caso. Tal vez, esa oyente tampoco habría aceptado las moscas en el magnífico poema de Antonio Machado o los bichos que viven en el esplendente libro de Patricia Severín, como yararás, zorrinos, langostas, cascarudos, por nombrar algunos. En la Grecia antigua, Isócrates mencionaba a los insoportables abejorros en su oratoria y los dioses no se sentían molestos. También había encomios hacia las pulgas y los piojos. ¿Es descabellado poetizar con insectos o animales que son despreciables por su aspecto? ¿O es que las palabras dichas adquieren otro significante en quien las acoge? Después pensé en otra probable consecuencia de aquel insólito entredicho: ¿y si esa señora no estaba conforme con el poema y no quiso decirlo? Tal vez, si se animaba, hubiera sido más beneficioso para ambos. Y la cucaracha se habría salvado de ser aplastada por la insensatez.

¿Y qué no diría de los fabulosos animales hechos realidad por la pluma de Lautréamont? ¿Los encontraría todos repugnantes? Bueno, quizás más repugnantes sean los personajes de *Los 120 días de Sodoma* de Sade, todos animales bien pensantes y que ocupan lugares destacados

en la sociedad. Ciertamente el significado le roba la silla a la palabra, e incluso la más bella puede adquirir una imagen repugnante. ¿Tiene la palabra aislada algún significado de existencia en el mundo del lenguaje? ¿Tiene algún sentido la palabra *Dios* aisladamente? Hay una máxima que dice que el mayor logro del Diablo es haber sugerido a los hombres que él no existe. Utilicé deliberadamente el término s*ugestión*, porque de eso se trata. El acto de dar significado a las palabras, cuando creamos una oración o simplemente cuando juntamos sustantivo y adjetivo, es lo que se puede llamar la magia de la sugestión. No es, como muchos piensan, una afirmación. La declaración en sí es una tontería por escrito. Cuando nos resulta extraña la presencia de una palabra en una frase, lo que hacemos es aislar esa palabra de su contexto. El aislamiento es una de las causas de la desfiguración social que enfrentamos hoy. Vivimos en un mundo que esta señora ayudó a construir. Y no se trata solo de un prejuicio en relación con determinadas palabras, sino de algo mucho más grande, ya que el comportamiento social se mide por este prejuicio.

Concuerdo. El aislamiento nos está llevando a un camino sin retorno. Opinamos sobre cualquier tema, sin darnos cuenta que la palabra implica siempre un deber hacia el otro y una toma de conciencia sobre qué decimos u olvidamos decir. Recordé aquel episodio de la señora, porque nadie puede ser indiferente a nada, menos aún en este mundo declarativamente violento y banal. Una palabra fuera de contexto reproduce otra realidad. Algunas de ellas, en boca de ciertos personajes de la farándula del Poder, lastiman más los oídos del inconsciente colectivo que la legítima autonomía semántica que observamos en las exacerbaciones verbales del Marqués o en el fascinante desfile bestial del Conde. Insisto, ninguna palabra tiene valor por sí misma, como tampoco resulta despreciable por su significado o apariencia. Sin dejar de lado el lugar de la poesía, me parece más aberrante justificar hechos

de corrupción, de prohibiciones, de crímenes; que son tolerados por una sociedad cada vez más desorientada. Primo Levi, escritor italiano que sobrevivió de los campos de exterminio que integraban el complejo de Auschwitz, cuenta en uno de sus textos que, para los nazis, *los hebreos son algo diferente, abominable e indefendible*. ¿Pueden estas palabras conmover nuestra caótica frivolidad cotidiana? Vale siempre la pena recordar que gran parte de la sociedad sigue hablando sin pensar, no solo prejuzgando, sino también discriminando todo aquello que no integra su zona de confort. Y volviendo al poema en sí, cualquiera que elijamos, creo que pocas veces su decir resulta confortable. Nadie se divierte con él, porque apenas llega al lector u al oyente, el poema fluye, no tiene lugar posible donde afincarse. Su razón de ser es la libertad, no la caverna. Por eso la palabra de Sade nos sorprende desde un pensamiento desprovisto de todo tipo de comportamiento social y la poesía de Lautréamont resplandece como una espada clavada en las tinieblas de la humanidad. Atesoran el contrapoder: la imaginación.

Hay un poema en el último libro de Borges en el que, después de enumerar una serie de actividades que realizan personas como un cartero, una enfermera, un camarero etc., termina diciendo algo como esto: esta gente, que no se conoce, está salvando a la humanidad. También es otra forma de decir que la sociedad es ineficaz para resolver sus propios dilemas, es decir, que corresponde al individuo comprender, afirmar e inventar una solución a sus conflictos. Sin embargo, las formas de gobierno, así como las industrias del comportamiento, la moda y el entretenimiento, dan prioridad a los estereotipos, lo que lleva al individuo a una sobredosis de todo tipo de desviaciones psicológicas. Si bien es una ecuación cristalina y no requiere mayor esfuerzo para entenderla, lo cierto es que terminamos creando un alto grado de dependencia del Estado con sus normas de comportamiento y sus

parámetros de normalidad. Esta semana leí con mayor atención un cuaderno de manuscritos de hace décadas, aún inéditos, de una poeta brasileña, y noté la ausencia de un códice, como si la poeta crease ajena a la tradición lírica, una escritura que a veces rayaba en lo ingenuo, y nos dio la impresión de que ella no había leído poesía alguna o que su lectura no interfería con la creación, sin contar con esa condición que solemos llamar influencia. Esto no es *poesía pura*, ya que estaban presentes otros modos de reflexión. La estructura misma de los poemas no estaba en función de la construcción de una arquitectura poética, sino de la longitud de las líneas de su pequeño cuaderno. Si no fuera por la fuerza demoledora y singular de sus imágenes, podríamos pensar que ni siquiera se trata de un *poema*. Me impresionó mucho ese despojo total de las reglas impuestas por un paideuma. ¿De dónde vendría esa voluptuosidad incontrolable de su poesía erótica de alto voltaje?

La problemática de la globalización trajo consigo el debilitamiento de las instituciones democráticas y, en contraposición, el acrecentamiento de gobiernos omnipresentes que intentan hacerse cargo de todas las intenciones y decisiones de los ciudadanos. Es una falsa red de protección, porque las ideas y valores se reducen a un nivel de hibridez que desmejora paulatinamente el esfuerzo personal. Asimismo, se nota una crisis de inmovilidad en el uso del lenguaje, donde cada vez resulta más difícil salir del entramado discursivo tribal y diferenciarse por medio de nuevas inventivas en estilos y formas. Siguiendo la voluptuosa línea creativa de la escritora brasileña, la cultura argentina cuenta en su haber con uno de los escritores más prolíficos e ingeniosos de habla castellana. Un autor más celebrado que leído por la cofradía. Me refiero a Juan Filloy, creador de miles de palíndromos y palabras polivalentes, entre tanta variedad de experimentos lingüísticos. Apostó por otro modo de erotismo: sentir el gusto a las palabras

sin abordar ninguna estética, en silencio, autónomamente. Necesitamos reencontrarnos con estos desafíos, sobre todo en la escritura poética. Estar menos sujetados por los estereotipos sociales.

Ciertamente podemos hablar de un círculo secreto de poetas en nuestro continente cuya particularidad creativa los sitúa en una perspectiva ejemplar precisamente por ser auténticos outsiders. Es evidente que la potencia de su poética no los distingue, en términos de calidad, de otros nombres ya conocidos y respetados. De lo que estamos hablando aquí es de que estos poetas tocan la realidad de una manera sorprendente e inesperada si estamos acostumbrados a los trucos del lenguaje –y aquí me refiero a trucos en una conceptualización muy positiva y relevante, incluso indispensable– que son más comunes en el ambiente poético. Su recuerdo de Juan Filloy (Argentina, 1894-2000) es uno de esos maravillosos chispazos imprevistos, sobre todo si pensamos en la novela *Caterna*, de 1937, por la forma en que establece un *tour de force* entre disonancias como ética/estética, vida/muerte etc., lo que acerca su obra a una dimensión filosófica sagaz, tocando aspectos que nos hacen aceptar el conservadurismo, el autoritarismo y el terrorismo como partes insuperables de las sociedades humanas. Otro caso que podría animar nuestro espíritu es el de Rafael José Muñoz (Venezuela, 1928-1981), especialmente su libro *El círculo de los tres soles*, de 1968, cuyo sistema imaginario es más que simplemente innovador, pues evoca detalles de las relaciones entre el mito y la locura, la sintaxis fuera de lugar de los delirios más increíbles, que acaba tratando como ecuaciones absurdas. El propio poeta llegó incluso a decir que su libro fue escrito *tocando piedras de iglesias perdidas*, utilizando naturalmente el término en un sentido más allá de su carga religiosa. La poeta a la que me refiero, Leila Ferraz (Brasil, 1944), tiene obra casi en su totalidad inédita, que aún hoy se conserva en una serie de cuadernos

manuscritos. También aborda la poesía de una manera única, ya que sus letras vibran con un erotismo que no se acerca a ningún canon literario. Estos tres poetas son creadores que quizás ni siquiera se pertenecen a ellos mismos. Y nos retan a reflexionar sobre la esencia de construir un mundo con las piedras de la imaginación, con esta cuestión ineludible de reconocer quiénes somos, cuánto nos define la vida, cuánto no debemos someternos a este laberinto de vicios impuestos en el nombre del bienestar corporativo. Sin olvidar que lo que llamamos gobiernos omnipresentes entrena el lenguaje de los ciudadanos –en rigor, contribuyentes, consumidores, esclavos– a un truco ideológico muy vulgar.

Por supuesto, es interesante revelar nombres y obras de tantos innovadores de la escritura que siguen aún ocultos o aislados por la indiferencia del sistema. Sus palabras son reveladoras porque han dejado de ser prendas de todo tipo de discurso ideológico o del pragmatismo de la imagen en el uso de la propaganda política o del mercado publicitario. La mención a Filloy surge porque hallé en sus novelas un estilo personal que le permitió emparentar realidad con ficción como filos de una misma navaja y, desde ese lugar, dilucidar el escabroso andamiaje de las instituciones ordenadoras de poder. Pero, sobre todo, porque fue un gran inventor de trucos con las palabras. Nos indicó cómo usar la magia en la escritura poética. Por eso creo que debemos animarnos a creer que la vida es otra cosa y que su valor íntimo está en los esfuerzos individuales. Valoremos nuestros atributos cognitivos para emanciparnos como sujetos y ser libres pensadores, sin mordazas ni cancelaciones. La única forma de sostener un pensamiento crítico y profundo sobre la realidad es con el ejercicio de la palabra. No pido filósofos, sociólogos, psicólogos o sacerdotes que expliquen por qué debemos comprender el hacer y el andar de la sociedad, cuando somos subestimados como individuos. Tampoco políticos

y economistas, que han consensuado un corpus de símbolos y códigos para someternos a través del tiempo con recetas y propuestas improbables. Antes, mencioné la debilidad de las democracias y ahora me pregunto ¿qué porcentaje de la población mundial comparte hoy un régimen democrático como sistema de vida y no solo como proceso eleccionario para elegir autócratas de turno? Es por eso que insisto en el valor de la palabra, como pensamiento o como armadura comunicacional en defensa de la creación. Es la mejor manera de cuidar nuestro planeta, nuestro lenguaje, nuestro modo de ser, salvando al sujeto de la vulgaridad de parecer, del engaño de pertenecer y de su incapacidad para resolver el mayor de los trucos que aún tiene por delante: cómo utilizar la escasa imaginación que le queda.

De hecho, nos hacen pensar que ya no existe una solución al atolladero que hemos creado para el lenguaje y el comportamiento humanos. No importa que la ciencia ficción dibuje innegablemente un mapa mundial donde las guerras son el resultado de una estrategia para crear formas de dependencia social y que los medios de comunicación atestiguan que el planeta sufrirá un colapso final debido a la violación ambiental sistemática, cuando en rigor la gente todavía recorre los caminos espurios de la miseria, de innumerables formas de esclavitud, y es manipulada por los hilos hipócritas de la moral y la fe. La verdad es un argumento falseado hasta el punto de que las sociedades ya han perdido sus referentes. Recientemente, un presidente brasileño evocó una vieja e inepta consideración sobre la Tierra plana. Lo curioso es el excesivo número de brasileños que declararon creer en tales disparates. La revelación de un nivel de conciencia tan insignificante se vuelve alarmante si consideramos que representa un perfil electoral decisivo. La manipulación de la verdad ha sido la mecánica más atroz y satánica utilizada por todos los componentes de la política en la mayoría de los países del mundo. Cuando ya no sabemos a qué o a

quién creer, llegamos a un punto en el que el humanismo queda completamente desfigurado. Individuo o sociedad, ya no existe una directriz suficientemente creíble que nos permita alcanzar un nuevo modelo de sensibilidad o de libertad.

El mundo está sumergido en un gran cambio de paradigmas del cual muchos actores culturales no han tomado conciencia. El desarrollo masivo de la tecnología no tiene límites ni alcances para la experiencia humana. Hablamos de inteligencia artificial sin analizar en profundidad los efectos alteradores que muy pronto llegará a producir en el lenguaje y en el comportamiento de los individuos. La recopilación, almacenamiento, procesamiento y difusión de la información por vía informática incide de manera directa y constante en las relaciones sociales y culturales de las sociedades contemporáneas. Por consecuencia, los debates públicos sobre cualquier asunto parecen retrógrados, sobre todo en nuestros países en vías de desarrollo. Nos resulta muy complicado diferenciar cómo funcionan los procesos económicos sustentados en intereses nacionales con otros modos de producción que operan en el mundo actual. Para los chinos, yankees, rusos, japoneses, indios, británicos o europeos, la balanza comercial es la misma. El desajuste comienza en los recursos naturales de cada país y me refiero no solo al valor de la tierra y el agua, sino a la condición humana y la diversidad cultural, independientes entre sí. Las grandes potencias aspiran a considerar a todo el universo social como un único mercado y abastecerlo según sus prioridades geopolíticas, sus intereses financieros y sus barreras ideológicas. Pero, la dimensión de *lo nacional es*, aún, el mayor impedimento que se les presenta a estas ambiciones que no admiten fronteras. Es allí donde la cultura se transforma –para nosotros– en un manifiesto escrito a sangre y fuego. Pero, no debe ser entendido desde una razón maniqueísta, porque la historia no se divide entre

un lado bueno y otro malo, no podemos ser tan sesgados o hipócritas. El mayor mal que ha caído sobre nuestras vidas tiene que ver con el miedo, la ignorancia, la prohibición. Y el mejor bien está oculto en nosotros mismos, en nuestra capacidad de fijar raíces en un pensamiento más vasto y durable, en una mirada más imparcial. No debemos caer en la inmediatez de lo irracional. Busquemos la palabra como rumbo, darle dirección, identidad, pertenencia y sentido común. De otra forma, seguiremos navegando sin remos en el tumultuoso mar de la frustración.

En general, encontramos la vida destruida por un evangelio erguido sobre los cadáveres del mito. Un calvario de virtudes exiliadas. Los huesos expuestos de todos los ideales que alguna vez fertilizaron la afectuosa morada de la humanidad. Una morada excepcional, es muy cierto. La gran mayoría de los hombres siempre ha estado de rodillas, metafóricamente o no. Como la señora que le tenía terror a las cucarachas, al punto de tachar o recortar la palabra escrita cuando la encontraba impresa en una página. Los escenarios políticos que enredan y desmotivan nuestras vidas son una plaga de cucarachas. Sin embargo, a su sombra, las tragedias –domésticas o institucionales– se multiplican gracias a esa señora. Ya no encontramos una razón de ser y la angustia nos hace evitar enfrentarnos a nuestros fantasmas más vulgares porque nos hemos perdido en medio de una mutabilidad de significados. Disidentes de nosotros mismos, hoy ya no sabríamos cómo salvar a la humanidad.



El horno inmanente del misterio

Espíritu salvaje, tú cuyo impulso llena el espacio
destructivo y salvador, ¡escúchame, escúchame!
PERCY BYSSHE SHELLEY

Hay un credo que considera que el nido de influencias del poeta se construye esencialmente con los palos de muchos otros poetas que lee. Sin embargo, el simple hecho de construir un buen nido no garantiza la llegada de buenos huevos. Además, el bosque es inmenso, como paisaje y como metáfora, y requiere dominio de técnicas de supervivencia, atención permanente a las variaciones climáticas etc. El pájaro-poeta en sí es, ante todo, un estado espiritual, ese estado dedicado a una búsqueda iniciática, definida tanto por el canto como por el vuelo. Por eso, la creación nunca se limita a la observación, por atenta que sea, de un lenguaje de forma aislada.

Existe una multiplicidad de voces poéticas, como un bosque donde se concentra el trinar de todos los pájaros, pero cada trinar es diferente, hay un solo pájaro que canta para después volar a otras ramas. Puede haber un sinnúmero de voces poéticas, pueden estar todas juntas en un mismo lugar, pero el poeta sabe que cuando canta –cuando llega el momento de la creación– está solo en el mundo. Por eso su canto es único, ni mejor ni peor que otros cantos. No hay nada más bello en el bosque de la poesía que distinguir cada uno de los cantos que emergen, no importa de cuál nido provienen, solo alcanza con percibir el vuelo del pájaro-poeta.

En este momento tiene que buscar una doble enseñanza: la del pájaro mímico políglota, Cenzontle, con su canto único que se llena de mil voces, y la pincelada

única del maestro Shintao, quien le enseña a romper el manto del tiempo con la duración del rayo en su imagen irrepetible. El poeta adicto a la metáfora de su construcción verbal puede llegar a olvidarse de respirar. Los pelícanos y los murciélagos hacen planes diferentes para cuando cae la noche. El poeta los observa. Quizás algún día enseñe a sus poemas cómo dormir con una pata torcida o alimentarse en pleno vuelo.

Pero no todo lo resuelve la noche. Los pájaros supieron descubrir y dominar el silencio. Sin él es inimaginable hallar la paz al borde de una rama. Desde la oscuridad del bosque, ellos esperan la llegada del sol, siempre en completo silencio, para despertar el día con sus vigorosos y repentinos cantos. Es indispensable que el poeta haya aprendido de ellos, examinando profundamente qué hacer desde la sensibilidad de su silencio, para no ahogarse en un canto desesperado de auxilio, porque ninguna metáfora podrá salvarlo del naufragio que ha provocado el poema no revelado. Entonces dará cuenta del tiempo perdido, que un rayo lo ha fulminado antes de amanecer. Y que la paz obra en los pájaros, no en los poetas.

Seguramente en la oscuridad de una cueva el poeta escribió su primer poema. Rodeadas de un silencio pegajoso y sin poder oler el olor bochornoso de aquel ambiente, las imágenes saltaban como relámpagos que coloreaban la cueva con un aluvión de sentidos que iban despertando al poeta para regurgitar otras visiones. Poco a poco empezó a comprender que las palabras sabían volar.

Y pronto habrá que aprender el grado de fugacidad de las imágenes, como los aforismos que ondulan en la taza tras el transcurso del té. El ritual de belleza rehecho por la somnolencia de este desprendimiento contemplativo del silencio. El poeta termina también descifrando algunas sílabas de la familia de sus puntos ocultos, ese lugar encargado de abrir el verbo hasta que su paladar revela

el follaje del árbol-madre que, según afirma, alberga la transmigración de todos los rincones.

Leer es sólo uno de los caminos en este fértil bosque de la creación, donde el sueño y la vigilia fertilizan los demás sentidos, lo que oímos y tocamos, el olor y el sabor de todo lo que está en movimiento, y lo que percibimos como la entrañable mecánica de la existencia misma.

Pero, ¿qué creamos mientras creamos? ¿Creamos estilos de escritura, formas de expresión, niveles de pensamiento? ¿Apostamos al creacionismo huidobriano y hacemos florecer la rosa, o solo nos alcanza con alabar su sensualidad? ¿Inventamos perseos, luciferes, dragones, volando en la noche abierta por encima del bosque o nos refugiamos en viejos dogmas que transpiran junto a una tenue fogata al fondo de la caverna? ¿Acaso sabemos realmente lo que deseamos crear cuando la musa golpea la puerta? Sucede que la creación no es asunto de la magia, tampoco un llamado sobrenatural que trasciende al poeta, menos aún la aparición de exuberantes imágenes que intentan simbolizar nuestras contradicciones. Simplemente es la fatalidad que se transforma en poesía.

Es posible que, mucho antes del nacimiento del poema, el poeta creara una forma incomparable de manifestación de la vida misma. Algunos poetas pueden creer que la creación está en su corazón; otros la consideran un nido construido en el centro electrificado del cerebro.

En otras palabras, el poema puede ser a la vez síntoma de materia y pozo vital de valores afectivos. De alguna manera habrá una atracción cósmica sobre lo creado. No del todo mística, porque el poema es un curioso artefacto que relata de una manera llena de misterio el paso del hombre por la tierra.

El poema requiere una liturgia que lo resignifique a través de su lectura. La ceremonia de escribir debe ser la reverberación de lo onírico, del deseo incompleto, donde

el poeta aprende a diferenciar ángeles y demonios, los terribles rugidos de la horda creadora cabalgando sobre el barro de un papel en blanco. Para dejar asentado su paso por la tierra, quien escribe está signado a clavar la espada en el aire, treinta veces para hacer llover, porque treinta veces fueron las puñaladas que recibió Calígula después de encender el fuego fatal. De eso trata el proceso de la creación: un misterioso acto erótico donde se devela la profecía autocumplida y el poema tal vez ocurra.

Como fuego en manos de un ilusionista. El mago está dispuesto a cortar el maniquí en tres partes para luego juntarlas dentro de una caja de la que, tras sus precisos gestos, salta la mujer y comienza a bailar por todo el escenario. El fuego en el bosque identifica el alma de los muertos y los numerosos jeroglíficos que el poeta convierte en profusas atribuciones de su representación del mundo. Víctor Hugo habló de *un bosque enorme para comer*, pero fue el fuego que se arraigó en sus abismos rocosos y encarnó una frondosidad desnuda y múltiple de enigmas que devoró toda la abundancia vegetal. El verbo dado al viento era el gran *seductor de los espectros*, como sugirió Shelley. Así, el poema aparece a veces como un diagnóstico de su propia paradoja.

Es probable que aquel poeta romántico nunca haya logrado separarse de sus propias alucinaciones. El delirio del poeta se asemeja al mito de Prometeo, a partir del deseo (¿consciente o inconsciente?) de contrariar el orden del mundo que supo establecer el legado divino desde el origen del tiempo. Aspira que el poema se represente como redentor de la humanidad, pero se extravía en la espesura del bosque, obsesionado con el afán de dilucidar sus miedos y sus excesos. Solo liberado de sí, por el impulso del decir, es cuando el poeta sostiene la voluntad de la memoria contra la conspiración del olvido. Entonces puede imaginar un nuevo orden, abrazar la belleza de lo asible y perdurar en la infinitud del lenguaje. Tan cercana

la experiencia poética a la criatura creada por la amada esposa de Shelley.

Ciertamente hay dos tipos de monstruos, los que plagan nuestra memoria, como nudos invisibles que aprietan el alma y hablan un lenguaje de subterfugios, y los que nosotros mismos tejemos, con los jirones de lenguas adquiridas a lo largo del camino. Ningún poeta está libre de esta doble exploración del espíritu que cambia incluso el ritmo de su corazón. No importa si la escritura tiende a la sátira o a la adivinación. Los poetas son impulsados por el azar como druidas confiados al reflejo de sociedades, secretas o no. Por eso las perturbaciones del inconsciente ayudan en el tejido de estas estrellas anunciadoras que, si no derriban imperios, al menos advierten sobre la enfermedad de sus ecos.

Nadie puede advertirnos si el poeta es una criatura piadosa o despiadada, un simulador o una entelequia, un espectro flotando en las aguas del Aqueronte o un bello durmiente sobre los jardines de Babel. El poeta cree simbolizar el sueño secular de su monstruoso desvarío, pero no es él, sino el lenguaje que emerge de la memoria y busca convertirse en poema. Sabe que la escritura siempre tiene un patíbulo preparado para él. Varias veces ha sido ahorcado y decapitado, con la guillotina o el hacha. El poema en gestación lo asusta, sobre todo cuando su sueño se transforma en realidad y la sentencia está echada. Entonces intuye los preparativos para su ejecución, huele el aroma agrio de las tablas recién cortadas, oye golpes de martillo introduciendo los clavos. El patíbulo adquiere forma y sentido. Ahora lo insignificante se vuelve transcendente. Y siente la misma embriaguez del trance anterior, donde siempre hay una cabeza que cae y rueda por la tinta derramada. El poema ha nacido y su creador retorna a la clandestinidad, a la sinrazón de su conciencia poética.

Quizás el poeta vuelva al bautismo de los signos incomprendidos o simplemente al cuarto oscuro de las rescisiones contractuales. Quizás vuelva a la ilusión de los hombres más simples de la tierra. Algunos argumentan que, una vez escrito, el poema le quita la vida a su creador. Una analogía con la creación divina, sin duda, cuando el hombre habría agotado las posibilidades de que su creador corrigiera incluso sus errores. Moisés no aceptaría que su padre se apoyara en un bastón o confesara sus pecados con la expectativa de lograr alguna gracia inesperada. Isaías prefirió tomar el bastón de su mano y romperlo, informando que al menos una de sus partes debía arder *como se quema la plata*, o probarse *como se prueba el oro*. El caso es que poeta y poema rara vez se reencuentran al día siguiente, del mismo modo que Dios perdió por completo al hombre.

O quizás la ruptura entre poema y poeta nunca se produce y siguen conformando este círculo esotérico que, a través de los siglos, puso en duda la existencia de los profetas y la omnipotencia de los dioses. Tal vez aprendieron a caminar sin bastón o nos convenzan que han ardido en la hoguera hasta confesar todos los pecados. El poeta necesita elevar los estímulos reprimidos por su mala conciencia; por lo tanto, renueva las viejas conexiones con un Ulises furtivo que tañe con la espada las entrañas del poema. Quiere llegar a Itaca, pero antes debe derramar todas sus imperfecciones en las límpidas aguas de la virtud. El lenguaje lo exige, de lo contrario no podrá sobrevivir. Y el hacedor está muy lejos. Lo ha dejado solo, apenas sostenido por las paradojas del mito.

Los mitos son sombras muertas que han perdido la clave para interpretar los símbolos opuestos. Cada mito sólo aprende a identificar su propia sombra resumida en algún lugar del gran espejo de los rituales. Los metales ya no corresponden al tesoro escondido en los trucos del lenguaje. El poeta que va más allá en evocar la pureza de

sus intenciones acaba despertando el vacío negro que lo traga como una herrería mesiánica. El poeta sabe (debe saber) que el bosque que lo protege es oscuro como la sombra del renacimiento. Y no permite que Eneas le diga qué profundidad es benigna y cuál debería evitar.

El poeta también sabe que deberá desafiar las impolutas reglas del reino divino, escudándose en el oráculo de Delfos. De esa manera, podrá evitar los trucos que atisbe a su alrededor. Luego, cuando pueda mirarse en el espejo de su corazón, se dará cuenta que no es el mismo de antes. Su misión es ver el afuera de infinitas maneras, para descubrirse por dentro. Tener la libertad de enamorarse de la belleza del monstruo; hundirse en el espacio vacío de la noche alumbrado por la luz de una luciérnaga; talar el alto árbol de la ignorancia que cubre la inmensidad del bosque. En ese lugar, donde mejor respira y sueña el poeta, vibrará su ímpetu creativo, su compasiva irracionalidad. Revelarse siempre resultó ser la estrategia más eficaz para no sucumbir ante los estremecimientos lúbricos del lenguaje. El poeta tiene que volar por encima de la turbia espesura de contradicciones ancestrales, entre lo místico y lo mítico, lo sagrado y lo profano. Volar al más allá, con sus miedos y perplejidades. Así, desde su propia levedad podrá enfrentar a la Gorgona, ayudado por las nubes y el viento, no con el arco y las flechas, porque en la lucha de medir fuerzas lo bestial no es aconsejable: el poema lo convertirá inevitablemente en una piedra.

Quizás sea cierto que todos los libros se pierden, si consideramos que los libros guardan en su interior los grandes secretos de la humanidad. Quizás por eso el poeta se limitó a mantener su taller de pequeños vicios, las cuadraturas de sus hipótesis eléctricas, los modelos imprecisos de sus métricas y aliteraciones. Hay pequeñas cajas que son auténticos nidos de insectos, donde el poeta desconoce la antigua magia de las chispas como églogas, elegías, epitalamios, madrigales, odas y sátiras. Ni siquiera

los sonetos, las baladas, los rondós y otros moldes de yeso o madera se consideran otra cosa que falsos milagros. Sin embargo, la implosión de esta casa de composición, que podría ser la conquista de una nueva máquina de ordeñar misterios, no es más que el disimulo del verbo que ha perdido su espíritu metafísico. Cuando se quemaron los primeros libros, el poeta pensó que no había forma de honrar sus palabras escritas. Los fuegos se sucedieron hasta que el poeta quizás algún día supo que sus palabras, como el fuego, eran parte de su humanidad. Incluso si el poeta escribiera una lista de sus fracasos, no llegaría a ninguna conclusión al respecto.

¿Cuál es el verdadero dilema del poeta? ¿Causa o consecuencia del poema? Tal vez pueda autodefinirse como su gestor irreductible, porque el texto le concierne del principio al fin. Pero, lamentablemente, el poema tiene otro destino cuando adquiere su propia identidad. Una vez que atraviesa el fuego de la creación y constituye su estructura, su lenguaje y su estilo, el poema recrea la correspondencia a solas con el receptor, llámese lector u oyente. Deja de parecer objeto en otro para ser sujeto de sí. Porque desde una página se transforma en mensaje liberador, en acto de suprema belleza, en grito de auxilio, en canto de amor, en plegaria desolada, en pasaporte a la verdad o en simulacro de locura. Y el poeta conjetura o simula acompañarlo en todos los momentos y protegerlo ante la acción de cualquier horda asesina. Ha sido testigo de las hogueras que ha presenciado la humanidad. Cada libro incinerado ha significado perder una minúscula partícula de nuestra memoria. Un granito de sal que se lleva el agua de la injusticia. Borges creó una alegoría que relata el intento de los hombres por liberarse del pasado, arrojando a las llamas los bienes materiales, aunque advierte que les resultará imposible deshacerse del corazón. La llamó *Holocausto de la tierra*. Nos sirve para comprobar que todo aquello que atañe enteramente a la esencia del hombre no

puede ser destruido. ¿Acaso la poesía no pertenece a la misma raíz del ser, no representa el verdadero corazón de la historia? Un corazón ungido de bondad, pero incapaz de salvar al mundo, aunque el poeta proclame lo contrario.



La fortuna de la irrealidad

El policía contestó el teléfono y la voz al otro lado de la línea pidió ayuda. Ella declara que la están atacando, un hombre la está apuñalando. El oficial intenta calmarla mientras localiza el origen de la llamada. Descubre que es una cabina telefónica. — La policía ya está en camino, dice, y la mujer declara que ya no sirve de nada, porque acaba de morir. Cuando el auto policial llega al lugar no hay evidencia de ningún incidente, observan la grabación desde la cámara de vigilancia y al momento del llamado la cabina se encontraba vacía. Esta insólita historia exige del lector una afinidad imaginaria del mismo orden que la de quien la escribió. No tiene sentido dudar de lo que el lenguaje nos revela. Lo que importa es cómo digerimos el caso, la línea de contacto que establecemos entre lo creíble y lo absurdo. El sentido común, sin embargo, exige que descartemos todos los elementos alterados hasta que la narración se limite a un punto tangible, lúcido y comprensible. La creación, por el contrario, requiere el desorden sistemático de todo el mecanismo de la razón. Vivir con ambas perspectivas comunicativas convierte al poeta en un habitante de dos mundos.

El mundo de la búsqueda y el mundo del encuentro. Desde los orígenes, la poesía viaja por el misterio de lo imposible. El motor que la impulsa es el lenguaje, pero, a priori, existe el creador que prefigura su universo. Él debe dar vida al poema, pero necesita conocer las herramientas que ayudarán a parir la criatura. Quiere expresar lo verdadero sin saber dónde hallar la realidad. Entonces da cuenta que la verdad no es imprescindible, que existen otras causas inverosímiles que operan para fabular el sentido del acto creativo. Allí surgen trabas con el lenguaje, al pensar que lo escrito no será comprendido por el supuesto receptor. *Qué decir*, representa la búsqueda. *Cómo decirlo*

puede significar el encuentro con lo irreparable. ¿Adónde nos lleva la experiencia de la escritura poética? ¿Se debe crear para sí o por el otro? Tal vez en ese punto tan sensible es donde los dos mundos se integran.

Acabamos por convertir la verdad en un mito desgastado. El zumbador es un instrumento que imita el trueno y su palabra es la última en los diccionarios de símbolos. La última voz de los espíritus con la que podemos contar en la inmensidad desconectada de los matices biológicos de nuestra existencia. ¿La primera palabra? Abeja y la exaltación del alma en su complejo camino de cielos e infiernos. ¿Cómo estirar una cuerda desde el primero hasta el último símbolo, evocando las virtudes mágicas que reflejan la corriente de la vida humana? La creación no está sostenida por los cuidados con lo verdadero. Su precisión se alimenta de la alternancia, de esa zona de tensión que es el único movimiento que nos lleva al equilibrio. La verdad es una frecuencia insuficiente que limita el mundo de la creación a una paleta de razonabilidad. Es un inmigrante ilegal, el pentagrama que no puede revelar las fluctuaciones de su misterio. Las palabras son cuerpos que bailan en el palacio arborescente de los diccionarios. Un poeta que no ama los diccionarios como representación de su propio destino es inaceptable. Toda creación es figurativa, sin importar el mundo ilusorio que describa.

No pretendamos alcanzar la verdad, puede ser tan ficticia como lo real. Algunas representaciones simbólicas del poder han impuesto con rigor la existencia de una sola puerta para ingresar al fetichismo de lo absoluto. En el proceso creativo no existe lo absoluto, menos aún la mínima posibilidad de sostener lo tangible a través de fundamentos dogmáticos. ¿Cómo pretender que una ideología o una religión incorpore todo el inmenso espacio simbólico del poeta? Es una condición inadmisible. La ciencia sostiene la razón demostrando sus categóricas evidencias. El poeta no lo necesita. Su misión en el universo del lenguaje es

aproximarse a lo desconocido, descalzo y desnudo, sin miedo a caer en la pira donde arde la obscenidad del monstruo, las fauces del corazón, las garras de la belleza. Ojos bien cerrados, pero sin perder de vista el límite entre lo creíble y lo absurdo, su postura sincrética ante la vida.

Como el universo que se baña con la luz de las tormentas y las fuentes que tantean en busca de conocimientos, misiones y funciones se pierden en el tejido fantástico de un mundo que salpica sus imágenes de figuras que no se reconocen hasta que comparan las suyas sombras y el arco simbólico de sus cimientos. Como quien se deleita en desentrañar el tiempo, la abundancia de agujas desparejadas y su secreto haz de ambivalencias, la delirante geometría del espíritu no puede ser vencida por las contradicciones ni por la impetuosa sabiduría del azar. Convencionalmente, se dice que el primer verso de un poema nos lo da Dios. Esto hace inaceptable que la creación tenga un origen profano, lo que para muchos parece más aceptable. Ya venga de una buena dosis de ginseng o del roce del glande de la prosperidad, de la fuerza solar del mito o de la garganta del cosmos, ya venga de los cuatro mares corporales y sus 372 articulaciones, todo lo que creamos es la expresión de nuestros flujos y reflujos, el reconocimiento de todos los esfuerzos que hacemos por la mecánica misma de la vida humana. Perversión o iluminación, el poema es la casa subterránea de las mutaciones, de cuyas fisuras no puede emerger una verdad inquebrantable e impermeable.

Siempre resulta complejo el vínculo que se produce entre creador, poema y destinatario. Al poeta no le interesa modificar los gustos del receptor. Si así fuera, sería brutal su torpeza. No obstante, no deja de lado la persuasión, porque, aunque lo niegue, siempre ambiciona trasladar al otro su fervor narcisista. Desde el fondo del egocentrismo, el poeta supone que puede ser un comunicador creíble, que su obra cala el alma y la mente de quién lo lee. Pero, no todos los receptores comprenden lo mismo, entonces

el mensaje se altera y la zambullida del creador no llega a impactar adecuadamente en las aguas huérfanas del deseo. Inventar una historia abstracta, como esa mujer que ha muerto en un lugar donde nunca estuvo, ubica al poeta y al lector en un lugar de incertidumbre. Ya no importa saber si el texto se torna irreal o demasiado veraz. Es una apuesta inútil. Lo extraordinario es imaginar que el texto se libera de ambos, adquiere su propia personalidad, se revela como autor de sí mismo, acontece, rompe con las redes de la ilusión y la certeza. El texto –el poema en este caso– nunca desea ocupar espacios, solo intenta trascender los tiempos.

Y jugar con la imaginación no es igual que buscar la comprensión de la memoria. La memoria tiene sus quehaceres domésticos. Sus platos sucios apilados en el fregadero, los gastados montones de remordimientos, las pequeñas perlas extraídas de la ilusión de cambiar el mundo. Debemos tener cuidado con la memoria, ya que disfraza las frustraciones, especialmente aquellos disfraces que presentan al mundo sus mejores poemas. Porque la memoria en muchos casos no es más que un truco del lenguaje. La memoria es el peregrino que recorre el planeta repintando el paisaje. Un desconocido para sí mismo dispuesto a las revelaciones divinas y que ofusca la fealdad de los palimpsestos. Un ilusionista que evoca la energía seminal de las letras que sentencian el futuro en una tabla Ouija. La memoria es una prostituta que hizo llorar a mil hombres, pero todos en silencio. Un silencio tan profundo que las historias contadas requirieron una más para poder escribirse. Un laberinto que sangra hasta la última noche con sus dagas mortales. Para muchos, sería mejor no recordar el significado de las cicatrices de las tormentas. Simplemente dejar que la imaginación transcriba sus crucigramas en los cielos del deseo.

¿Cuál es el sentido de la memoria en los distintos pasajes de los tiempos? ¿Es un invento de la historia? ¿Cómo

opera nuestra conciencia ante la realidad de los hechos que conforman la existencia de la humanidad? ¿Acaso es la niña huérfana que sobrevive a todas las catástrofes o es el paraíso perdido en el espejismo de la verdad? La memoria juega con el tablero donde los injustos siempre ganan. Ubicarla en el universo de los bellos recuerdos es un pretexto del romanticismo o una predestinación surrealista. Ella fluye como un fantasma oculto bajo el paraguas de la incertidumbre y se expande por el infierno del desconcierto. Tal vez la nostalgia, aquella que nos evoca los retratos y los saberes de la infancia, sea el estado más puro de la memoria. Una parábola de lo conocido hacia lo desconocido, del sí al no. En ese lapso es cuando la poesía reproduce su imposibilidad de olvidar. Y el creador recoge ese cuerpo inmóvil del misterio, lo lava en las aguas salvadoras, lo remedia, lo consagra. Se reencuentra con el asombro, con la fascinación de lo que vendrá. Pero, al mismo tiempo, la memoria refuerza la capacidad de paralizar la inspiración y no dejar que el poeta plasme su exótico deseo de ir más allá del silencio. Solo el lenguaje le garantiza sacar a la luz lo que la memoria no dice; lo irreal.

¿Cuál sería entonces el curso de este río de misterios, la afortunada fluidez de la irrealidad? En rigor, el destinatario es un fantasma, una treta de la escritura. O tal vez simplemente exista como un personaje adicional en la trama. Una expresión enigmática que en algunos casos puede equivaler a la derrota de la creación. Una antigua creencia popular afirmaba que el alma abandona el cuerpo del muerto en forma de mariposa. Lo que puede llamar la atención no es el animal en sí –podría ser un dragón o un murciélago–, sino el hecho de que sea un ser alado. Guardamos dentro de nosotros un vuelo que sólo es posible después de la muerte. Al igual que el universo, el hombre es una entidad fragmentada. De ahí su obsesión alquímica. La verdad es un acertijo. La notable farsa del abismo que nos convence a todos de que el hombre es la manifestación

de lo múltiple y no de una unidad inquebrantable. Es una trama muy antigua, basada en las innumerables puertas que llevamos dentro, incluidos los pasajes hacia un más allá indescifrable. La clave se encuentra en el Tao y también en el principio de incertidumbre.

Alguien debe descubrir el acertijo. El receptor no siempre lo logra, porque no todos lo que apuestan suelen estar en condiciones oníricas para enfrentar a Turandot. El juego de acceder a lo desconocido dura la eternidad. A veces, es el tiempo del sueño, otras apenas un instante. Ya hemos planteado el enigma de quien ofrece la primera palabra para escribir un poema, si Dios o la locura. Nunca sabremos quién es y dónde se para el que lee o escucha. Importa que el poema diga lo que no dice y el destinario reciba ese mandato de la creación. El poema busca la armonía del lenguaje, descubre en la palabra sus acepciones y la hace viajar por todos los sentidos. Anda, con su ropaje de silencio, por un camino de infinitos recodos, tratando de hallar el recóndito refugio donde trepida el ángel en llamas. O el vampiro cubierto de sangre milenaria. El pan, amasado y horneado, puede llegar al destinatario como un fruto sagrado o como un latigazo profano. Pero es pan, siempre, porque es verdadero, está hecho desde adentro y llega a las manos del otro impregnado de sudor, sentimiento, belleza. Allí es cuando el don de dar se fundamenta en la reciprocidad y la poesía concede la comunión del poeta con su semejante. Y Turandot muere en soledad.

¿Una historia más? Tan conmovedora como aquella de la princesa que odia a todos los hombres y jura que nunca se entregará a ninguno de ellos. ¿Quieres otra? En todo momento, lo que más apetece es otra historia. *Nessun dorma! Nessun dorma!* La verdad también podría decir: *Il nome mio nessun saprà!* Pero eso sí, antes de que todo se repita, la soledad, el doble sentido de la memoria, las emociones cojas, una última historia:

Hojeando un libro, encontró una página donde leyó un diálogo entre Dios y el Diablo. — Si tuvieras que decir quién soy, ¿me considerarías Dios? — Bajo ninguna circunstancia. Si fueras Dios no estarías aquí hablando conmigo. —Pero sé quién eres, y precisamente por eso estoy aquí. El Diablo rápidamente agitó un cuchillo en el aire y la sangre brotó de la arteria femoral de Dios, quien pronto cayó al suelo, inevitablemente muerto. — Dije que no eras Dios. ¿Por qué no me creíste?

¿Dónde se esconde, después de todo, la fortuna de la irrealidad?



La aparición

Un día parece que hemos elegido uno de los dos caminos posibles para el viaje humano: la línea recta o la espiral. Las ideologías llegaron a su fin, por agotamiento de recursos o por insuficiente comprensión de su destino. La adicción a consignas que no correspondían al orden de sus actitudes. Símbolos torcidos hasta el punto de perder su significado. Los últimos recursos, violentos, autoritarios, como mecanismos disfrazados de dominación social. Y sus variantes no menos criminales, en forma de los más cínicos rituales de negociación de posiciones y poderes. El mundo quemó sus cosechas y hasta en sus aspectos más elementales ya no era posible reconocer a los habitantes de estos perniciosos procesos. Las letras se convirtieron en llagas que ardían silenciosamente. El cuerpo se vio obligado a compararse con una línea recta. El espíritu se deletreaba como una espiral, la fuerza creativa que durante siglos resonaba dentro de cada letra había perdido su correspondencia con el valor simbólico de la experiencia humana. Ya sea en el rostro de Adán o en las analogías del Corán, el hombre ya no encuentra la razón sutil de su vida. ¿Cómo se puede reanimar a los muertos que aún tiene en su interior sin siquiera saber quiénes son?

Una atmósfera demencial ha cubierto todas las redes de convivencia. Tiende a convertirse en una epidemia universal, cada vez más lejos del canto de los ángeles, las fantasías de mil y una noches, el dilema de Hamlet. La violencia derrama cadáveres y el autoritarismo crece como fiebre del trópico. El eje central de la desviación de la historia hay que buscarla en la fragmentación de los sectores sociales y los grupos políticos, representantes de los intereses de una comunidad. A mayor distancia de comunicación y comprensión entre ellos, menor importancia requiere hacer hincapié en lo conceptual; es

decir, utilizar el lenguaje cómo método de pensamiento y atributo de la inteligencia. ¿Para qué nos sirve el perdón, la entereza, la esperanza? ¿Hay milagro que ilumine la vida? ¿Hay destino más allá de la muerte? Los líderes religiosos proclaman la paz, pero inspiran a sus fanáticos a procrear guerras infinitas. Y ninguna plegaria mágica los regresa a un punto de reflexión, donde la oratoria estimule el reconocimiento del otro. La historia del mundo cuenta en su haber con una vasta proliferación de impiadosos líderes, que se sienten dueños de superpoderes que le posibilitan dirigir casi a voluntad el destino de los pueblos. Día tras día aceptamos que, la oscuridad de esas mentes, envenenen nuestras débiles ideas. Simultáneamente, tanta fragilidad en nuestros corazones, transforman la mesura en resentimiento. Bajo esta realidad tenebrosa ya nadie sabe quiénes somos, menos aún adónde vamos. Solo queda la imaginación para señalar otros rumbos.

La imaginación, sin embargo, se mantiene a raya por los pastores de todos los símbolos. Ya no es intuitiva y experimental, sino el mapa de recreación de rebaños deformes que se animan a pastar en su propio fracaso. Muchos creadores fueron devorados por las páginas mesiánicas de los salmos, como si ellos también hubieran abdicado de la protección del conocimiento. De nómadas a sedentarios. De lobos a dragones encadenados en leyendas decadentes. Nadie es más capaz de predecir las vulgares artimañas del tiempo. Una clarividencia sorda selecciona los rayos que deben constituir los nuevos mensajes. El lenguaje ya no es un instrumento de creación o incluso de regeneración de formas. ¿Qué piedra seguimos buscando? La antigua piedra filosofal desempeña hoy un número controlado de funciones, como un pequeño dios articulado y muy comercializado. Leemos en una pizarra envejecida y cubierta de baba: Hablo por las noches escritas en el tiempo. Hablo por los cuerpos devorados por el fuego. Hablo por todos los dioses encadenados a sus símbolos. Debe haber

una manera de luchar contra la pérdida del alma colectiva. O tal vez sería mejor olvidar toda esta cosecha de males y adivinar otro nivel de existencia.

La piedra filosofal anclada en el origen del hombre se ha convertido en un algoritmo. ¿Quién pregunta hoy por aquella piedra? La empecinada marcha de la tecnología nos ha llevado a un escenario donde David ya no sabe quién es Goliat y el gigante tampoco lo reconoce. Una astuta confusión de palabras para cambiar el sentido del mensaje. A puro artificio, no solo se modifica la reproducción del texto, sino también la estructura de la idea primigenia. Los farsantes que narran la historia ya no se preocupan para desentrañar verdades, sino acomodar en la conciencia colectiva los límites y alcances de cada suceso o conjetura. Escribir y borrar. Reescribir para poder seguir actuando. El mito homérico de tejer y destejer para que la apariencia muestre una sola cara mientras invisibles *laertes* esperan desnudos en el vórtice del silencio. Es allí dónde el fuego de la metáfora debe alumbrar y no convertir en cenizas el alma de Ulises. El oficio del lenguaje es quien puede desentrañar la urdimbre de irrupciones desparejas que emanan del pasado y nos impiden imaginar otro futuro. Supone hacer equilibrio entre las pérfidas ambiciones de los dioses y el inesperado hallazgo del amor tardío. Mientras, el poeta debería seguir ayudando a Penélope a concluir el abrigo de su sueño.

Deuteronomio habla de un Dios fiel y sin inequidad, pero nunca hubo ningún lugar donde encontrarlo. Creados a imagen del hombre, los dioses siempre fueron perecederos y fueron reemplazados según el tiempo de las escrituras y el conocimiento de sus traductores a lo largo del tiempo. Lo mismo ocurrió con la rueda y la moneda, al perder su unidad, dejando de tener el mismo significado de intercambio. La rueda se convirtió en el poderoso símbolo del movimiento en todas las culturas, mientras que la moneda hizo del hombre universal su cambista, un

mercader de vicios que estimulaba la codicia allá donde iba. Si la rueda nos llevaba en todas direcciones, la moneda nos impedía renovar nuestro espíritu. El deseo siempre estuvo a disposición de la posesión. Según el *Visuddhimagga*, la vida no dura más que un pensamiento. Por tanto, la rueda nos libera ya que entendemos que solo toca el suelo en un único punto. La moneda, por el contrario, nos encadena a su imagen y no podemos escapar de ella. Una noche bañada de analogías y todos los cuerpos se elevan como árboles prodigiosos. El lenguaje se deja consumir por sus distorsiones, los textos se rehacen con letras mortificadas, bebemos palabras y algunas de ellas son venenos que nos hacen cometer las más repentinas atrocidades. Los caminos, sin embargo, siguen siendo una prueba de valentía. Y todos los padres deben ser desterrados, mientras todavía haya niños en el mundo.

Cuesta entender que los niños no heredan nada de los padres, solo es el lugar que le prestan para estar un tiempo junto a ellos. Tal vez los hombres dieron cuenta que podían prescindir de los dioses y encontraron en otras habilidades la posibilidad de poner en movimiento al mundo con sus propias manos. Siglo tras siglo, de una civilización a otra, los hábitos cotidianos fueron moldeando las diferentes culturas. De jefes tribales a mercaderes, de artesanos a escribas religiosos, todos fueron repitiendo sus rituales con diferentes nombres y propósitos. Entre lo sagrado y lo profano, entre el temblor de la rueda y el sometimiento de la moneda, el lenguaje fue convirtiéndose en la herramienta que unía y desunía a los pueblos. Era alimento del saber y látigo de la ignorancia. A la vez, el culto de los dioses seguía vigente en distintos tipos de creencias. Y el mito siempre empuñando la espada de lo inefable. El tiempo santificó a las instituciones y sus huéspedes supremos, intercambiando poderes terrenales. Cada escritura, en cada lengua, pudo confesar su identidad y su pertenencia. Es la historia de los hombres de Occidente,

que redunda desde la aparición de Adán y Eva. Ante los ojos de la ciencia se puede inferir que los cimientos del cristianismo se apoyan en divinidades del antiguo Egipto. La fe católica tiene otra manera de mirar y, por esa misma razón irreductible, la imagen de María sosteniendo en brazos a su hijo Jesús en nada se asemeja a Isis acunando a su hijo Horus. Son miles de años de indiferencia, pero el eje que mueve el misterio del universo es el mismo. Aquellos niños revelaron la magia de la creación y aún conservan la existencia de su palabra. Nos siguen prestando un pedazo de cielo, mientras la vida y la muerte gobiernan abajo.

Uno de los mayores males cometidos a la siempre fluida historia de las sociedades fue situar una determinada experiencia, en este caso la aparición del cristianismo en el mundo, como principio ineludible de la humanidad, como esa escuela artística que rechazaba todo lo que la precedía. A los creyentes se les llama así precisamente por su falta de cultura. Ignoran la pantomima que, en sus improvisados escenarios callejeros, niega la existencia de los antepasados. Y cuando es inevitable hablar de una época anterior y destacada por la creación de algo incuestionable, la solución a la que se llega es atenuar la relevancia, otorgando mayor importancia al descubrimiento de algo que emerge de las cenizas de un pasado constreñido. Las verdades son como facetas de este juego de apariencias, donde los valores son tan circunstanciales que llegan a ser ridículos. Sólo entonces, por exceso de circunstancias, algunos son denunciados o percibidos como fracasos criminales de la comedia humana. Sin embargo, si el bien puede deshacerse en cualquier momento, el mal, una vez coronado, va más allá de los límites de su reinado. Las diferencias acaban convirtiéndose en reliquias atribuidas a la perversión del azar.

Las religiones siempre fueron el altar del poder más acérrimo. Del aura divina procedía el destino de hombres y mujeres que deambulaban por distintos

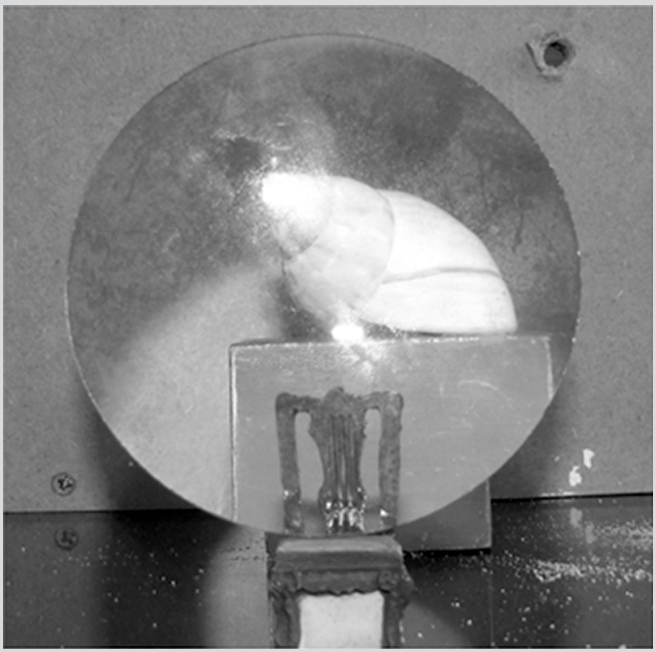
rincones de la tierra. De pronto acertaron en hallar el lugar exacto donde desarrollar la divisoria de culturas, idiomas, oráculos, creencias, símbolos y sacramentos. Ese lugar se llamaba Anatolia, la frontera entre dos perfiles de una misma barbarie. Cruzar del Oriente a Occidente o viceversa significaba trasladarse de una atrocidad a otra. Las hordas no discutían entre ellas, porque no existía la elocuencia del habla. Solo dirimían el espacio terrenal y la dinastía del tiempo a través de desgarramientos de cuerpos y torrentes de sangre. La violencia era el rasgo esencial de tanta ignorancia. Y los dioses continuaban recibiendo todas las invocaciones y ofrendas. Pero la vida en común también avizoró otros rumbos para que aquellos hombres y mujeres conozcan y recorran el mundo: el mercado y la escritura. Entonces los mares se transformaron en rutas donde viajan bienes de un puerto a otro. Y los códices comenzaron a subyugar a las viejas comunidades desde la irreverencia institucional del cristianismo. Nacía el poder absoluto de Dios y el surgimiento de un pensamiento unilateral. Anatolia no solo dejó de ser un escenario de místicas hogueras y feroces guerreros, sino también fue la muerte de otras culturas y civilizaciones. Algunas, ni siquiera la magia de la poesía pudo revivirlas.

Los soñados siete grados de perfección nunca lograron liberarse de las siete máscaras con sus cabezas sacrificiales. Los siete reinos que atribuían al comercio toda forma de representación del ser, cuyas vibraciones cósmicas se convirtieron en una muzak que se propaga por la tierra, con su bucle satánico, atrofiando los sentidos. Siete veces dejamos de ser la totalidad del universo. Siete veces fuimos alejados siete peldaños de todos los dones prometidos. Siete versos abren siete llagas en la piel del tiempo y nuestros dolores son amortiguados por siete catedrales invisibles devoradas por el pánico. Hemos creado una raza de adoradores del vértigo reseco, los árboles exiliados con sus muletas, las diversiones electrónicas del infierno. Las

siete vírgenes dando a luz a sus monstruos en los patios de comidas del mercado negro. Creamos una conciencia artificial y los siete ideogramas de sus miembros ilegítimos. Mantenemos el mismo cuadro de torturas, con su desgaste atribuido a la búsqueda frenética de inventos perdidos que antes fueron receptáculos de imágenes adversas sembradas en línea recta o en espiral, allí donde el hombre arrastra su carretilla como si fuera un templo del Dios-Sol.

El misterio del destino habrá que buscarlo en las palabras que amasaron el cuerpo y el alma de la sabiduría. No hubo fórmulas para llegar a la verdad, solo alcanzó con aglutinar todas las tragedias a lo largo del tiempo. La dualidad generada entre lo humano y lo divino, el violento enfrentamiento de dos mitades bárbaras, la supremacía del pensamiento sobre la superstición, fueron eslabones que forjaron la pesada cadena de la historia. Cuando el hombre occidental descubrió el alfabeto y, por medio de ese sistema de conocimiento construyó un lenguaje uniforme, los pueblos fueron incorporando gradualmente el hálito de la creación. Disiparon viejas creencias sostenidas por el temor de acceder a regiones inexploradas de la realidad. Fue el paso por las Termópilas desde la oscuridad de la ignorancia hacia el albor de la conciencia. Aquella conjunción de acontecimientos y rituales dejaron entrever al hombre que la vida persiste en repetirse y que el retorno eterno a su origen seguirá siendo el mito más trascendente. El lenguaje le permitió dar pasos más altos, inventar nuevas maneras de pensar y elucubrar otras vivencias. Y la poesía significó ser la gran cuchara que podía revolver un mágico alimento compuesto de imágenes y metáforas; la música que inundó las almas desamparadas. Gracias a ella no pudo apagarse el fuego del dragón de siete cabezas, siguió brillando la menorá de siete brazos, danzan aún los siete cielos del universo bíblico y levan como antes los siete chakras hindúes. Tal vez, algún otro número improbable simbolice la razón y la búsqueda

de la luz. O quizás, otro dios aparezca más allá del sol y advierta que la infinitud sucederá ante la consagración del canto universal. ¿Abrazaremos el resurgimiento de la hermosura, la salvación de la naturaleza, el gran sueño de amor al prójimo, la urgente liberación del espíritu? Necesitamos convencer a la muerte que no estamos solos. Nuestro trasiego hacia el campo de los lirios lo representa una tenue nube imperceptible. Sobre ella, a contraviento, vuela por siempre el azaroso rumbo del poema.



La perseverancia del hastío

El goce del creador depende muchas veces de las circunstancias que lo rodean. Nadie escribe embebido de felicidad. Tampoco es necesario repetirse en los mandatos de la historia. Aquellos versos del poeta español Gabriel Celaya animaba a imaginar a la poesía como un arma cargada de futuro. Muchos colegas intentan desentrañar el pasado, otros desafiar el presente, como si la poesía estuviera dispuesta a combatir contra la hipocresía, la crueldad o la miserabilidad de los distintos regímenes que gobiernan desde el mal. Es un error de vaticinio. La poesía no fue ayer, ni es hoy, tampoco mañana; la poesía está y será siempre. Ella se reinventa cada día porque usa el arma del lenguaje para florecer, no para destruir la realidad. Debemos mirarnos al espejo, soportar nuestro rostro en él, rasgado de amargura o bruñido de asombro. Y convencernos que estamos vacíos de verdad, que no debemos repetirnos como los pasos de los corceles que movilizan la carroza fúnebre de la historia. Quizás la poesía alcance a medir la totalidad del auténtico deseo de cambiar el rumbo. Los poetas solo sostenemos mínimas ilusiones.

En el carrusel de las repeticiones hay una que suele actuar como una eutanasia espontánea y descuidada, quizás marcada por el cansancio, la pereza o incluso el hito final de la creación alcanzado antes de lo deseado. El poeta descubre entonces una fórmula no tan secreta, un truco melancólico para mantenerse al día con sus estatutos poéticos. Es un triste final para el intentado florecimiento del lenguaje y en general lo percibimos más presente de lo que estimamos. Crear requiere una ambición esencial que nunca será excesiva, cuando el poeta sabe abordar sus esferas más complejas e incluso violentas. Los versos se acortan o se deslizan en las esquinas de la página, las metáforas pierden fuerza por el pecado de sus espejos

ciegos –dejan de reflejar su interior libertino–, el molde vacía el relato. Surge la amenaza de los clichés de imágenes nacidas en el horno de los dogmas. Las palabras se vuelven peligrosas y los diccionarios no las merecen. Todo se repite como un sollozo amargo. El poeta olvida lo que hizo en el infierno de la creación.

El creador escribe para sí, intuye que se avecinan furias desatadas por demontres y arcángeles. Cavila entre la posibilidad de ingresar al reino del misterio o escindirse ante la obligación de caer en las redes de lo conocido por el lector, lo celebrado por la cofradía, lo alojado en las redes de la tentación discursiva. Espera el aviso de la espontaneidad, porque duda cumplir con la misión social que pesadamente impera sobre las olas que abaten el fondo de su conciencia. Las palabras comienzan a deslizarse sobre la página, pero imágenes y metáforas se repiten con la voracidad de una apresurada secuencia fotográfica. Coexisten propósitos desiguales, arbitrarios, porque no es el poema quien habla, sino la persistencia de un poeta confuso que busca enderezar el rumbo de la escritura. Hallazgo o simulacro. *Las alucinaciones son innumerables. Es lo que siempre tuve: falta de fe en la historia, desdén por los principios*… confiesa Rimbaud desde la noche del infierno. Es imposible coincidir en el deseo de poseer un destino común con la infinitud de la poesía. Muchos poetas seguirán intentando salvar al mundo con plegarias. Otros apuntarán sus fusiles contra los tiranos. Y siempre habrá quienes crean que hay amores perfectos y líderes inoxidables. Así es como se repite la misma escena desde el fondo de la historia. Y cuando el creador prefiere alucinarse con la vida, con la belleza, con la sinrazón, comprende que la poesía no dignifica, no cancela, no determina; que es un río sin orillas arrastrando aguas turbulentas.

Como las noches silenciosas camino del mito. Los monstruos jugados por la perseverancia de las injusticias. Las miniaturas de bronce o terracota que viajan por todas

las comunidades del tiempo disfrazadas de símbolos de protección. Las hazañas de miles de dioses y el culto a su imperio, donde los devotos repiten las sinuosas frases que inmortalizan los sacrificios. Desde su nacimiento, la moneda ha convencido al mundo de que expresa dos aspectos de la humanidad: sus ganancias y pérdidas. Cara: Soy todo lo que tengo. Corona: Sufro por no tener nada. ¿Cómo no profanar el nombre de un Dios que decide quién debe tener o sufrir en su consagración? No hay Dios ni gobierno que no sea tiránico. Moisés o Moloch, Baal o Kronos… todas las oraciones son devoradoras. El poeta debe pasar por todas las pruebas, hasta comprender la inexistencia del tesoro del que sospecha ser custodio. Luego destrona su herencia demoníaca, hasta que no quede nada en sí mismo que preservar. Sólo entonces comienza a escribirse el poema.

¿Sabe el poeta que cada verso que escribe tiene su propia identidad, no por la ofrenda de los dioses, sino por el don del lenguaje? Representar el simbolismo de la liturgia religiosa como una exaltación esencial del arte, ha demorado por siglos la aparición de una conciencia individual que pudiera transformar la invención del Paraíso en conocimiento del mundo real. El pasado ha estado subordinado a la contemplación del cielo virtuoso y la tierra de las delicias. Un lenguaje autónomo, genuino, que provino de la emoción oculta del artista, impulsó el advenimiento de una escritura liberada de ataduras ancestrales y pensada más como comunión entre semejantes, como entrelazamiento de un sistema de revelaciones, saberes, acontecimientos. El poeta se alejó del oscurantismo para concentrarse en el faro de la imaginación. Halló la barca de Homero y salió a vagar por los mares de papiro, detrás de la desesperanza por tantas palabras extraviadas. A orillas del delirio retumbaban los parches de un canto abisal, conteniendo su fatídica voz.

Las hormigas no van al mercado a comprar azúcar. Los colibríes no almacenan néctar embotellado en sus despensas. La intensa vibración de los sentidos abre las puertas de la imaginación a una única experiencia a la vez. De ahí pueden surgir los versos que son el principio conductor de una nueva existencia. La verdadera casa del poema es un domo misterioso. La bóveda celeste que alberga el eje del mundo. No importa si nace de los desacuerdos y de las aflicciones de la vida terrena, de las historias populares o de la brevedad del sexo, ésta siempre será su tienda que consuela al infinito. Los druidas confiesan su fascinación por el poeta. La magia la concentra en el tejido de dos mundos, el conocido y el inconsciente, como si el poema fuera la única traducción posible de la magnitud, regenerativa o destructiva, de la existencia. En los *Upanishads* hay un pasaje en el que el poeta dispara una vez su flecha con una trayectoria impecable. Como si nada pudiera escapar a la mira del poema. Esta representación es única. Su intento de repetirlo es como iniciar rituales de autoflagelación.

En lo que se distinguen las hormigas y los colibríes es en el esfuerzo de llevar a cabo su tarea. Intenso trajinar donde las horas no se miden desde un reloj, sino desde presurosas marchas y pequeñas alas. El poeta observa estos acontecimientos de la naturaleza, pero no puede penetrar en ella. Necesita conspirar contra su propia voluntad de escribir para acceder al mundo de la fantasía y reflexionar sobre la experiencia del ser. Pequeños animales no necesitan dioses ni magos en la construcción cotidiana de vivir. Los moviliza el vértigo del hambre. El poeta siempre estuvo pendiente de los dioses, administrando el presente, ahondando el pasado, conjeturando el futuro. Puso el esfuerzo en ganar espacio, nunca en medir el tiempo. Y la inspiración es un dilema temporal. Pablo Picasso creyó que había un lugar para ella, siempre y cuando lo encontrara trabajando. Lo mismo hacen colibríes y hormigas.

Construyen las noches y los días. Mientras tanto, el poeta revela el sueño de Eros, repara el daño de la tempestad, vaticina el milagro del camino eterno. Y sigue buscando la flecha de su tiempo perdido que dio en el centro del poema jamás escrito.

El hombre no es consciente de que las fuerzas últimas del planeta residen en su interior. Sólo gracias a él se perciben como tales el fluir y refluir de todos los ciclos de la naturaleza, con sus atributos y el reconocimiento de sus esfuerzos. El hombre concibe la fecundidad de las tradiciones e identifica el sabor de toda la relatividad del tiempo. Incluso los mundos intermedios, donde las lenguas esconden sus aprensivas fisuras y los animales simulan las pruebas más erráticas, incluso en tan inconexas caídas y ascensos el hombre ordeña los significados de las constelaciones reales e imaginarias. Gracias a él, los secretos se proyectan al espacio ilimitado de la existencia, donde se distribuyen los símbolos de las estaciones y la materia intuitiva de la evolución humana. La armonía espiritual, ya sea que surja del huevo de una serpiente o de la erupción de los instintos, adquiere su apariencia expresiva, incluso en sus eventos impredecibles, porque el hombre siempre se ha comprometido a descifrar la tabla cósmica de los milagros. Desde que el hombre creó a Dios y le dio un nombre. Y pronto surgieron todos los nombres de la creación, la formación de los mitos, el estatus de las pequeñas y grandes cosas. El primer hombre fue también el primer poeta.

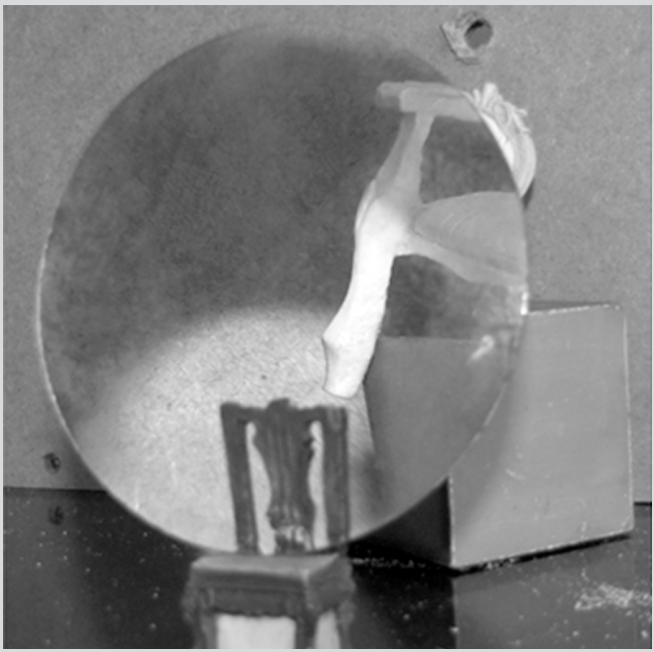
Indudablemente, el hombre es el elegido. El primer dios, el primer mago, el primer guerrero, el primer poeta. Allí comienza su tragedia en la historia del universo: ser el primero en no matar a su dios (¿acaso Jesús en la cruz no representa un simulacro de la muerte del gran creador para dar vida a la aventura del hombre nuevo sobre la tierra?); no creer en la magia (¿acaso no son los profetas, los hacedores de extrañas palabras y conjuros, quienes

inventan el arriba y el abajo?); no confiar en la paz (¿acaso no es la espada del odio la que destruye los muros de Troya, las torres de Babel y los jardines de Babilonia?); no escucharse a sí mismo (¿acaso no es el poema quien vierte la sangre de la revelación más pura?). Habrá que seguir el camino del mito por los oscuros pasadizos de la memoria, porque la falsa conciencia del hombre ha demostrado que llegó demasiado tarde para ser un dios, un mago o un emancipador. Solo la fascinación por la guerra lo ha salvado de las ruinas de la historia. Los siglos suman próceres que han destruido vidas, ciudades, países. La muerte los resguarda en sus tumbas cubiertas de gloria. Los pueblos todavía los adoran desde una patética e inconmensurable locura. Al costado del camino queda el poeta, aferrado al lenguaje, su arma redentora. En la desolación del mundo intuye que ya no es el primer hombre. Tal vez, el último.

O tal vez ya no exista una palabra que acepte el peso de salvar a la humanidad. La asociación entre distintos actos que pueden renovar las manifestaciones teológicas del verbo. La estancada prosperidad que destaca el mundo contemporáneo es esa señal ambivalente que nos hizo pasar del comunismo al terrorismo. Las pandorgas con sus hilos entrelazados que forjan el paso imposible de una caja a otra, el duro cansancio de Pandora, los trabajos forzados, la savia de los sacrificios, las lecciones escolares de sobornos y torturas... La irreverencia de los mitos aturde los méritos de hombres-bombas y pastores, las frases iniciáticas de espías e infieles con sus libros sagrados... Diablitos recortaban los grabados donde se forjaban los renacimientos, la amapola indivisible que era hogar de la inmortalidad. Los herejes y los proxenetas extendidos por todo el mundo vulgarizaron las alegorías que antes daban al instinto el nombre de todos los orígenes del conocimiento. Este primer hombre, deshecho en su plenitud, negándose a ser ahora el último, conspira contra el orden del tiempo y los placeres terrenales. Induce metáforas para representar

villanos buscados en fosas comunes, en pozos inmundos, en infiernos convertidos en centros del mundo. ¿Sigue siendo la palabra inmortal?

Entre los escombros de la verdad persevera el hastío del poeta. A lo largo de la historia presenció el desfile de atrocidades y dobleces. Acompañó el festín de los reyes festejando las piruetas de los bufones. Consintió la rancia perversión romana corrompiendo al pueblo con panes y circo. El poder de la lujuria siempre voló más alto que la voluntad de las plegarias. ¿Para quienes ha sido reservado el cielo? Los miserables de Víctor Hugo continúan con las manos y las bocas cerradas. Las ciudades de Charles Dickens todavía huelen a excremento de ratas. La peste que imaginó Albert Camus sigue expandiéndose por los laberintos de la infamia. El poeta ve, percibe, distingue, pero la realidad lo ha convertido en un asceta. Su lengua no enjuicia, no engaña, no lastima. Solo habla para sí y mientras habla reproduce la vida. No importa cuál es verdadera o ficticia. Necesita encontrar su camino, reconstruirse a cada paso. Es un ente que vaga desorbitado por el mundo. Atraviesa bosques sin ver el árbol, cruza los mares sin llegar a ninguna orilla. Y de pronto descubre el poema, que siempre dice algo más, pese a todo. Porque el poema no presiente el cansancio del conformismo. Se resignifica en cada metáfora y perpetúa su misión en el don de dar. No quiere zozobrar en el desierto de la historia. El destino es un viento que persigue los pasos de la muerte. Pero el poeta no pulsa su inmanencia en el tiempo. Para él nada es hoy ni mañana. Se sujeta con fuerza a la imaginación para sofrenar las riendas del pensamiento. Y deja que la palabra trasmute en poesía. Porque ella no teme cruzar el horizonte de fuego hacia el infinito.



Escribir lo vivido o vivir lo escrito

No hay nada más complejo en poesía que el uso del lenguaje. Escribir un poema puede resultar un acto irrealizable en la mayoría de los intentos. ¿Qué escribo? ¿Desde dónde lo hago? La invención poética no alcanza con la buena intención de construir un oxímoron y hacerlo brillar en medio de una metáfora. Tampoco queda satisfecha con el juego sonoro de los endecasílabos. Nada garantiza el éxito de una buena estructura sintáctica. Los creadores adoran la vida, los dioses, la fascinación, la naturaleza, entre tantas revelaciones. Pero a quien ama, en el último instante de su elección, es a sí mismo. Y desde esa consigna comienza a elucubrar los trazos y las imágenes que lo llevarán al encuentro con el poema. No es una cuestión de egocentrismo, es la manera de estar solo para poder mirar al mundo. Experimenta el oscuro accionar del propio ser y busca reconocerse poéticamente en cada vivencia, en cada contrariedad, en cada deseo. El desarrollo de la escritura alienta la motivación del poeta y lo inevitable ocurre cuando las palabras comienzan a tener significado y poco a poco se transforma en poema. Esta experiencia se repetirá en un nuevo intento, pero será diferente, porque ninguna escritura puede ser igual a otra. Nadie habla lo mismo que su receptor, en la misma medida que nadie cuenta lo vivido con las mismas palabras que puedan utilizar otros. Es el ejercicio de la imaginación, pero también representa la necesidad de no hallar semejantes. Lo único real en la poesía es la contradicción de hacernos formular que la vida es bella cuando en realidad estamos cabalgando en lo escrito sobre un caballo desbocado camino al abismo.

El extranjero es alguien que vive siempre en un lugar impredecible o que simplemente se encuentra fuera de lugar. El lenguaje es una manifestación formidable de lo extranjero que buscamos dentro de nosotros mismos.

Cuando escribimos un poema, la divinidad responsable de la mutación del lenguaje nos devuelve a una parte de la existencia que pensábamos que ya no nos pertenecía. Quizás podamos hablar de un espíritu orientado a presentarnos mundos distintos de aquellos que la memoria nos anima a revelar. Nos resulta difícil creer en la insuficiencia de la eternidad, porque ella puede limitar la identidad del tiempo. El torbellino de la escritura es a veces una saga despiadada que nos hace poner en escena símbolos irregulares, sombras indefinidas, imágenes simultáneas. En algún lugar de la creación nos espera un personaje que nos distrae de la similitud. Drama, comedia, tragedia – hay una tensión emocional que elude los elementos arrastrados por la trama. Aun así, no dejamos de crear. En los más diversos planos de existencia evocamos las más terribles contradicciones. Como si los opuestos fueran equivalentes. Siempre creamos un mundo adversario. La fiebre iniciática del extranjero. Las formas desiguales que seducen al reparto de todo el botín. El duelo irreparable entre el oro y el excremento, el otro y la ilusión del ser.

El lenguaje que utiliza la poesía es ajeno al habla común de la gente. No es un acto superficial, no tiene nada que ver con el trabajo rutinario de todos aquellos ciudadanos que ingresan y salen del festín de las vanidades. Donde reina la soledad, el vino agrio, el humo espeso, la sangre caliente, es donde se sobrecoge el alma rota del poeta. Sabe que debe buscar sentido a las palabras, quitarles la grandiosidad religiosa, dejarlas desnudas al filo de la noche bajo una lluvia fría. Y en cada gota que cae sobre la página en blanco absorber el placer sensorial de la magia. Así, de pronto, se revela lo bello, lo secreto, lo inalcanzable. La lámpara de Aladino alumbra la blancura del papel y la negritud de la palabra. Los signos adquieren un valor inusitado, repercuten en el silencio del poema. Allí distingue el hablante que su escritura no se identifica con su forma de pensar, ni sus deseos de decir algo diferente.

Hay otros sonidos, otras articulaciones de palabras. Y después de haber desandado por un túnel infectado de dudas y fantasmas, el poeta ya no recurre al esfuerzo de expresar lo vívido, porque quien habla ahora por él es la resultante de esa experiencia alucinante con el lenguaje: su escritura comienza a brotar como el aullido de un lobo en medio del bosque.

En el momento en que decidí suicidarme me pregunté cuál sería la mejor manera. De hecho, no existe una muerte hermosa. Incluso aplicada a la vida, la belleza siempre será cuestionable. Al escribir estas primeras líneas de su novela, el autor vuelve a pensar en el lenguaje perdido en el que los símbolos tenían un valor distinto de los tallados por la moral o la ley. Baudelaire decía que, al contemplar el mar, un hombre libre contemplaba su propia alma. Las metamorfosis de la mirada contienen en su interior algunos de los espejos más transfigurados de este lenguaje oculto. Crear equivale a atribuir secretos a las apariencias. El hombre desconoce sus grandezas más íntimas, aquellas que le permiten identificar lo vivido o lo soñado en las páginas leídas como una mística de correspondencias. La lectura es una fuente real de dobles sentidos del mundo. Somos lo que imaginamos y lo que experimentamos con cada uno de nuestros sentidos. Incluso el ojo ciego puede desenmascarar los trucos de la belleza. Las recompensas prometidas por la moralidad son falsas. Las leyendas están más allá del alcance de las leyes. No hay mayor eficacia en el mundo que la de una imagen fascinante: *Vi tres conejitos en la luna que comían ciruelas y bebían demasiado vino* – algunos niños todavía cantan esta canción. La tradición mantiene una puerta abierta para quienes saben soñar.

El derrotero de la escritura poética solo encuentra un punto y aparte cuando se hace lectura ante los ojos de quien le confiere espacio y tiempo para ser objetivada. El receptor le quita el manto de pertenencia exclusiva al creador, entonces los colores y los sonidos que daban forma

al poema quedan invalidados. El dualismo en el arte es el modo de explicar cómo funcionan las contradicciones de la vida. Siempre hace falta otro para establecer el diálogo. Es una construcción metafísica que rige desde los orígenes del pensamiento. Para qué contar lo vivido a través de un poema, si en la orilla de enfrente no hay alguien esperando el mensaje. El poeta puede usar diáforas y epíforas, pero ninguna de las metáforas servirá para conmover al otro si no existe un puente entre sujeto y objeto o una cuerda que sostenga la tensión entre la ficción y la realidad. Toda ofrenda de los dioses estaba representada por la admisión de aquellos símbolos que los hombres no sabían comprender conceptualmente. Y el poema puede transformarse en un dios cargado de soledad y arrogancia si no se deja atrapar por la mirada del lector o los oídos del oyente. También el poema puede embriagar de egocentrismo al creador. La entrada al Olimpo nunca fue alcanzada por nadie, pero hay quienes desean llegar a él a través de la experiencia de remontar vuelo desde lo escrito. ¿Es posible? Ningún sueño se hace realidad desde la escritura; es como intentar ascender hacia un cielo invertido. El mayor anhelo es quedarse contemplando la belleza del mundo, aunque no exista. Y descubrir la intimidad del poema, el por qué nace *siendo* en la palabra de uno y se vuelve *siendo* con palabras en el otro.

Ella me hizo jurar que nunca renunciaría a una perenne construcción de paradojas. No olvides las migajas de pensamiento que quedan en el suelo a lo largo del camino. Era necesario escuchar la voz lúgubre del silencio dejando escapar cuánto necesitaba protección. ¿Existe realmente una coincidencia de opuestos? Es verdad que lo que somos siempre está buscando algo más. Nuestros sueños resultan ser el contenedor de otra materia prima del deseo. En su combinación, el dolor esconde conflictos invisibles, exilios superados, la inmensa sala de evidencias del misterio. Los dolores con sus láminas de colores luminosos preparan

el itinerario espiritual de espejos retocados. Todo ello como si aún fuera posible volver al presente. Como si la historia estuviera amenazada con dejar de existir. Como si un simple romance pudiera significar el fin del mundo. *Ella me mantuvo prisionero en sus sentencias y me obligó a distinguir entre hábitos e impulsos*. El creador acaba soplando en la oreja de los personajes las características infatigables de sus metáforas. Enséñales a cada uno la seducción de la escritura, para que la realidad se nutra con la celestial harina de la ambivalencia. *Leemos lo que vivimos, vivimos lo que leemos*. He aquí otro enigma, en la predicación del disparate. *Ella me hace creer que soy una sucesión de desamparos conservados en la mirada de las distintas bestias de mi insomnio*. El poder de la vida es la contraseña para la levitación de los árboles. Lo único que queda a los estereotipos es la lealtad del bosque petrificado.

El poeta no hace malabarismo con las palabras con intención de divertir al receptor de las mismas. De solo estar con ellas aprende a contemplarlas, a descubrir su origen, abrirles un hueco en medio del roquedal. Y les habla de su vida, sus emociones, sus miedos. Sabe que los sentimientos nunca son puros, pero es la condición más genuina que posee. Trabaja en distintas maneras de expresarlos: *¿Alguien conoce el odio por no saberse amado?*, se pregunta desde la perplejidad y las palabras exploran y buscan la respuesta en una urdimbre de sensaciones; *¿La muerte es más poderosa que un dios?*, inquiere, abstraído por la dudosa existencia de la eternidad, y las palabras implosionan. Surgen más elucubraciones extravagantes, porque la noche de la invención jamás termina, aunque la llama expiatoria se apague. De pronto percibe la sangre de un verso corriendo por las venas de la inspiración y lo conmueve. Las palabras se agitan, gritan, muerden la página y por fin se acomodan sobre las sábanas del poema como sensuales hechiceras. Es un proceso perverso, enfermizo y profundamente reflexivo. Esto ocurre porque existe

un espacio sensorial que une la locura del creador con la supuesta ecuanimidad de su lector. Nada será en vano. Lo escrito será leído y lo leído redundará en nuevas escrituras. Porque siempre habrá dos orillas para que el río del saber siga su curso, aún entre bosques petrificados, pedregales, ciénagas y murallas de espinas. El lenguaje acertó su dardo en el vientre de la ignorancia. Tal vez el mundo se anime a pensar otros alumbramientos.

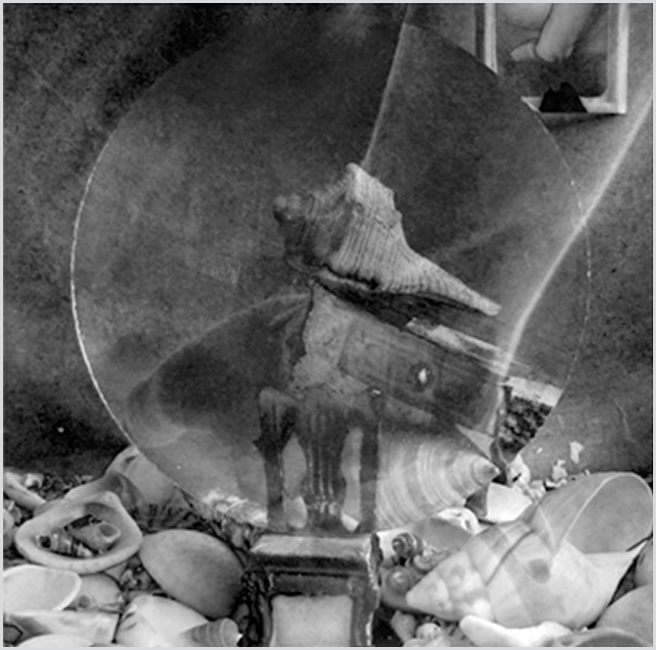
Cuando aparecen voces a lo largo del camino de la escritura, ellas dictan el futuro de cada verbo. Lo sagrado siempre exige sacrificio. Ningún sueño se hace realidad. Es sólo un signo de nuevas ramas sacrificiales de la existencia. Los sueños más profundos se aferran a la vida, como si dependieran de ella. El castigo de Perséfone fue alimentar a los desertores. Los milagros pueden recrearse según el significado robado a la pronunciación de las palabras. Lo que leemos es una cosmogonía inventada. Como la propia vida que adquirimos en las páginas de los libros sagrados. La vida que no nos sirve. Las plantas carnívoras atraviesan la línea divisoria entre el bien y el mal. No hay nada malo en escribir. Todo mal profundo proviene de la lectura. Incluso cuando están selladas, las puertas dan acceso a revelaciones. Cuando escribimos que el universo es el frontispicio de una profecía de la que dependemos para dormir y despertar, dejamos las ventanas entreabiertas y un tarro de miel en el umbral para endulzar la revuelta de los justos. Cada uno de nosotros recoge sus colores como si fueran una asociación de abismos. El espíritu de garganta inflamada afirma que la sabiduría popular acaba sacando las peores conclusiones. Cuando leemos cartas de los lectores, tal vez incluso admitamos que los tronos están en llamas, que el fuego brota sobre las espaldas de las jerarquías de la escritura. Nada se nos escapa, precisamente porque no lo sabemos todo. La representación del pensamiento humano es una alegoría que sólo conoce la verdad cuando es desenmascarada por la historia. Y diseños tan desafortunados siguen las huellas

de los supervivientes. Y se escribe otro libro con la misma tinta de la redención.

Un libro es la búsqueda obsesiva de uno mismo a través del otro. Laberintos donde la palabra desanda el destino común de extraños personajes que luchan por sobrevivir. ¿Acaso cabe otra alternativa más feliz en la vida que no sea transcurrirla desde el asombro? En el curso de cada página el lector siente la sensación de ser partícipe de acontecimientos que siempre suceden, inexorablemente, en distintos los momentos y lugares. Incluso, imágenes que simulan ser parte del absurdo y al leerlas se sorprende que también afuera de un poema suceden cosas parecidas. A veces, el lector prosigue como si nada lo perturbara y poco pudiera hacer para cambiar el rumbo de las palabras. Prefiere ser un partícipe de hielo y no artífice del riesgo de apasionarse. El arte de persuadir no ha funcionado y el poema queda atascado ante la indiferencia del opuesto. Una batalla trunca, donde la trama sucumbió, porque no siempre las palabras logran su cometido de domar conciencias. El poeta vive en lo escrito porque es parte de su cosmos y del instinto por transformar lo real. Levanta la bandera de los sentimientos, se alienta con el mito de los dioses creadores, irrumpe contra todas las evidencias, pero el poema lo trasciende. Su decir nunca es incoherente. Siempre tiene sentido, por él y para su destino en el cuerpo de otro.

Una rama de oro es lo que buscamos. En la vida leemos todos los palos cortados de este inmenso árbol que es la palabra dada. En el camino, los más atentos recuerdan el epígrafe de un viejo libro cuyas raíces siguen siendo garantía de protección para muchos de los que lo leen: *En madera verde la llama quema la tierna médula*. Un presagio que ha atravesado las membranas del tiempo, como guía para quienes desean penetrar en las profundidades de la tierra y sus recintos llenos de lámparas con remolinos de luces y sombras y lamentos. Las confesiones rituales de

todas las mitologías, la consagración de vidas ordinarias, las mujeres que representan el renacimiento incluso de los dioses más despreciables. Los lugares donde buscamos la explicación trivial de todo lo que somos, incluidos los motivos de las derrotas y las palabras más feas que nos rodean de aflicción y muerte. No hay descanso en el mundo. *Somos lo que escribimos* –garantiza uno de los guardianes del abismo. *Escribimos lo que somos* –con una rama de oro en la mano, el otro protector del templo intercede. El hombre saborea la resina de sus palabras y al menos comprende que nunca habrá retorno. Que no podrá borrarlos ni disuadirlos de atender otro llamado o mostrarse indiferentes a sus designios. Por eso el lenguaje es cizaña y trigo, santo y maligno, seducción y conflicto. Las páginas de un libro se abren en todas direcciones y quien lo lee debe estar preparado para encontrar allí su propia vida.



La pipa

Las cosas no son siempre lo que parecen. Abrir la puerta es una manipulación insuficiente de la conducta. El silencio es un lenguaje a través del cual entendemos el propósito de las palabras. ¿Cuándo termina una obra? La creación trae consigo una negación de los límites. Nos hace creer que detrás de cada sílaba hay un poema. Y que cada creador representa el último momento de la humanidad. La apariencia encierra en sí misma un riesgo de semejanza. La moraleja en el amor es el acto sexual. La evidencia oculta del paso de un cuerpo a otro. La grabación clandestina de un diálogo entre lo inesperado y la caja negra de las repeticiones. Toda catástrofe carece de sustancia o esconde entre sus escombros las diferentes versiones de rupturas y transformaciones. No importa cuántas veces nos sentemos a escribir el mismo poema. Siempre será elocuente como la destrucción de los mundos. Y en escena emite los sonidos propios de una ilusión. Como la alegoría que hace que todo sea inexplicable. El hombre ha aprendido a crear una desviación para cada realidad verbal. Si es de noche, el sol se esconde en un mueble-vajilla. Cuando el agua corre montaña abajo, la vegetación se convence de su inexistencia. La historia es la interrupción espontánea de todo lo que imaginamos. Enciendo mi pipa y se va volando.

¿Puede una pipa ser el misterio del origen? Conocemos mucho sobre los mitos de origen, pero no sabemos explicar porque todos provienen de un mismo núcleo. De cualquier relato, en diferentes lenguajes, la trama de la historia del tiempo está sujeta a las raíces del azar. La dimensión del fuego de la memoria puede llevarnos a creer que una pipa convirtió a la palabra que es el mayor signo de comunicación. Los rasgos de nuestra infancia están marcados en el humo del ritual de tantos personajes que fuimos descubriendo: la ronda de los sioux

compartiendo el calumet bajo la luna del desierto; el hábito de Popeye de quitarse su cuenco de la boca solo para comer espinacas; la ceremonia atávica del narguile en los cuentos orientales que nos leían nuestras madres. Son algunos retratos del delicado equilibrio entre la magia y la razón que produce una pipa. Ella nos acompaña desde siempre, es parte de aquellos sueños lejanos. Tenían la fuerza del poder, detrás de los largos bigotes del abuelo o del héroe descansando bajo la sombra de un árbol después de haber lograda la hazaña de vencer al enemigo. Dejemos de lado los prejuicios doctrinarios de considerar que nuestras creencias son verdaderas y aquellas de otras culturas o religiones son falsas. La pipa pudo haber sido testigo del ascenso al cielo de Jesús o del descenso a la tierra de Buda. O pudo no haber existido en los relatos de los maestros espirituales, pero nadie nos puede quitar el mérito de la invención u ofrecerle a ella el secreto del origen. Nadie más sutil que el pintor René Magritte, al crear aquella célebre obra que provocó su ruptura con el pensamiento realista. Un inmenso lienzo y dentro de él solo un objeto, del mismo tamaño del cuadro. Y su breve y pequeño mensaje, en un rincón inferior: *esto no es una pipa*. Tal vez con esa duda existencial comenzó a girar el mundo.

Quizás sea correcto decir que existe una distinción entre lo que pensamos y lo que vivimos, y que estamos destinados a cavar bajo nuestra propia piel en busca de posibles analogías entre ambas situaciones. Quizás sea apropiado vivir inspirados en lo que pensamos o incluso idealizar una intensidad mágica que nos permita vivir muchas vidas en cada despliegue de quiénes somos. Sin embargo, nunca sabremos a ciencia cierta cuál es la ventaja de elegir tal o cual extremo, el lenguaje no se define en medio de su desbordamiento. Al reflejar su voracidad o ímpetu, corresponde a una voluptuosidad de mundos susceptibles, correspondiendo a movimientos impensables, ruidos reveladores y una versificación irregular. Las formas

tienden a un prosaísmo irónico. Son animales pequeños que no siguen las reglas de la naturaleza. En todo momento soñamos con nuestra transformación en otro cuerpo, buscamos una salida a las sombras distintas del núcleo de la materia que aprisionamos en la conciencia. En una página nos sorprende la escandalosa oscilación del pesimismo. Días después corregimos la confusión en la que habíamos notado que los sexos tienen matemáticas impredecibles. Y seguimos trasladando la realidad de una paradoja a otra, cifrando el deseo, desapareciendo entre párrafos resbaladizos.

No debemos inhibirnos intelectualmente, pero tampoco volvernos obsesivos en demostrar que somos portadores de conocimientos absolutos. Hay una diferencia entre saberes conformados por el rigor de la experiencia y aquellos que se nutren con el quehacer de la miserable vida cotidiana. Poseemos la pulsión por generar mayores misterios o enigmáticas verdades para configurar nuestro destino, pero debemos saber administrarla. La vida se consolida en la conjunción de la belleza con el deseo, no por obra divina, sino por el develamiento de lo mágico. La escritura poética es la marca del látigo de la perversión, del sacrificio de construir nuevas fortalezas donde alojar nuestra alma impura, de sobrevivir con los fantasmas del pasado. El saber nos sublima, como así también nos ensombrece. Necesitamos encontrar la palabra urgente, no abandonarnos en el recodo del camino a la espera de un milagro salvador. Sobre el escritorio o en el fondo de la pantalla siempre estará presente la figura de la pipa, elevando su humo hacia los bosques, las montañas y los ríos de la imaginación. ¿Existe algo más hermoso que soñar con lo imposible? Fuimos investidos por la furia de los sexos, pero nos hicimos débiles frente a una página en blanco. Tenemos miedo a sufrir dentro de ella, no impidiendo que las metáforas mueran antes de nacer. Demasiado saber no siempre ilumina el mejor camino. A veces es necesario escondernos detrás de la cola del dragón.

En la plenitud de las cuevas donde las sombras planean nuestro miedo. En los hexagramas de un misterio insondable cuya primera traducción libre puede esconder el mejor paradero de nuestro futuro. En las venas del espíritu que Mallarmé supo navegar, olvidando las fechas exactas de causas y consecuencias. Ninguno de nosotros sabe comprobar el inquieto movimiento de las paradojas mientras nos interesa elegir frases excepcionales del jardín de la imaginación. Es necesario abandonar incluso la idea misma que constituye el abandono. Sin olvidar que sólo las palabras interpretan el mundo con sus juegos incondicionales. La creación es una antigua práctica del abismo que comienza en el momento en que escuchamos las sílabas del nacimiento respirar nuestro nombre. La primera videncia es la invulnerabilidad permanente. La bifurcación impresa en las tablas del lenguaje. Poco a poco descubrimos que la perfección del mundo es inaccesible en el tiempo cíclico de cada letra, cuando las esbozamos en los espacios perdidos de las fantasías. Poco a poco vamos inventando las mutaciones con las que llenamos nuestra vida de los misterios más inevitables. El nacimiento de la primera pipa es la indagación visceral de toda crisis de identidad. ¿Quién habla cuando el silencio transfigura la naturaleza de las formas?

Quizás el humo sea la completud del silencio. Nadie ha podido esclarecer la verdad de sus orígenes y su destino. El dilema corre por las intrincadas venas de la historia del lenguaje. Cuántos enigmas aún debemos resolver para descubrir la naturaleza del hombre. A cuánta distancia queda de nosotros el eco del primer vocablo lanzado al aire. Y cuántos espacios de tiempo han sido dominados por la oscuridad. Debemos seguir la senda de las almejas hacia el mar de la virtud, sumergiéndonos en la arena cuando el embate del viento de los infiernos barra con los asesinos del amor y los ladrones de ilusiones. Y volver a salir en busca del sol, porque ya no seremos almejas sino

partículas de luz disgregadas en la arena. Así nos hicimos partícipes del destino a través del lenguaje, aprendiendo a comprender el silencio y leer los símbolos del cielo, donde cada estrella es una palabra y la vía láctea se convierte en el libro de las maravillas. Entonces no habrá dioses que nos dicten sentencias, ni profetas que nos apaguen el fuego de la sabiduría. Donde arrojemos nuestro corazón siempre arderá la magia de soñar, el misterio de escuchar, el arte de disfrutar lo que nunca hemos dicho o, simplemente, el deseo de sentirnos en medio de la noche un poema sin palabras o la humarada de un calumet. Y el silencio nos convierta en calabazas.

O tal vez el silencio aprenda a contar cuántas sombras hay en cada palabra. La luz que chupamos del sol puede escribir una historia llena de recapitulaciones, porque el hombre está atrapado en la última versión de sus ensoñaciones. El dinero con el que pule sus espejos nunca es el mismo que la otra moneda que le valió las sucesivas etapas de sus conquistas, las miserables rutinas del cielo y del infierno, la asimilación de las dudas y el fantasma de la libertad que se vuelve deudora con cada imagen que pierde en las cartas… Los libros son una irrupción de coincidencias, como la violenta aventura del solipsismo, los casos contemporáneos de descubrimientos de nuevos minerales y los avistamientos de platillos voladores desde las ventanas invisibles de los moteles. ¿Cuándo empiezan a producir ruinas las pipas? ¿Quién sería el más adecuado para compilar estos desastres circulares de humo? ¿Qué pasa si la conciencia nos asegura que la historia del arte no es más que una quimera mal juzgada en manos de sus marchantes? De este modo, los museos estarían llenos de falsas maravillas. Las civilizaciones tendrían que revisar sus mitos. *Noche agitada de mentiras, noche con un pasado irracional, oh noche*… Los lugares comunes son los predicados vitales de cada impresión que tenemos de nuestra existencia.

Solo las palabras hablan del mundo que inventaron sin nosotros. Ellas son hijas de la naturaleza, se alimentan de la sal de los mares y de la última gota de rocío que cae en los desiertos. Son las señales de humo que cruzan las montañas, los ejércitos de nubes que navegan sin descanso, las espadas que derraman la sangre de los mitos. Cada hombre, cada mujer, son fragmentos de la nada. Los bienes del universo, las bondades de la tierra fértil y del agua pura, el conocimiento de las artes, la proliferación de las razas y las culturas, pertenecen a las palabras. Y entre esos dones emerge el saber y la belleza, para que nosotros sepamos distinguir la diferencia del amor y el odio. Heráclito nos hizo vislumbrar que todo lo gobierna el pensamiento a través de todas las cosas. Y el lenguaje funciona como el gran manzano que da sus frutos a un mundo desconocido. No somos dueños de ninguna verdad, no existe sacrificio que nos enaltezca como forjadores de la luz. Aún vivimos bajo la sombra de la ignorancia, maniatados entre las cadenas del miedo. A la humanidad quizá le sobren palabras, pero le falta el habla. Necesitamos nombrar las cosas por su nombre para elegir nuestro destino. No basta haber descubierto que, en el acto de mirar una flor, esté depositado el milagro de vivir. Reguemos con poesía el infinito.

Cuando se hizo imperativo establecer una imagen de los opuestos, la pipa apareció como una chispa mística. El centro de los instintos, la lucha interior de los símbolos, la clave de los augurios. ¿A quién pedir que defina la creencia en las cosechas y en la bifurcación de caminos con otras evidencias? Un demonio recolector de cerebros ha dado un nombre a cada uno de ellos y, al reunirlos, creó el primer diccionario. Hay un salmo que se refiere a la maldición como un manto de cenizas. Otro debe afrontar el peligro de los huesos que, envueltos en lianas, escapan a los artificios de los significados religiosos. Seguramente debe haber una mesa puesta esperando a cada mundo.

Vinos, faisanes, aceites, mujeres identificadas con sus juegos, los extraños círculos del poder de las palabras. Los asesinos apelan a vocaciones exiliadas. Todo cambia según la embriaguez de los derviches, la ambivalencia del clítoris, el último aliento de la garganta de los cisnes. La fiesta estuvo guardada en una caja fuerte durante mil años y ahora pasa de mano en mano como un objeto cuyo nombre está prohibido mencionar.

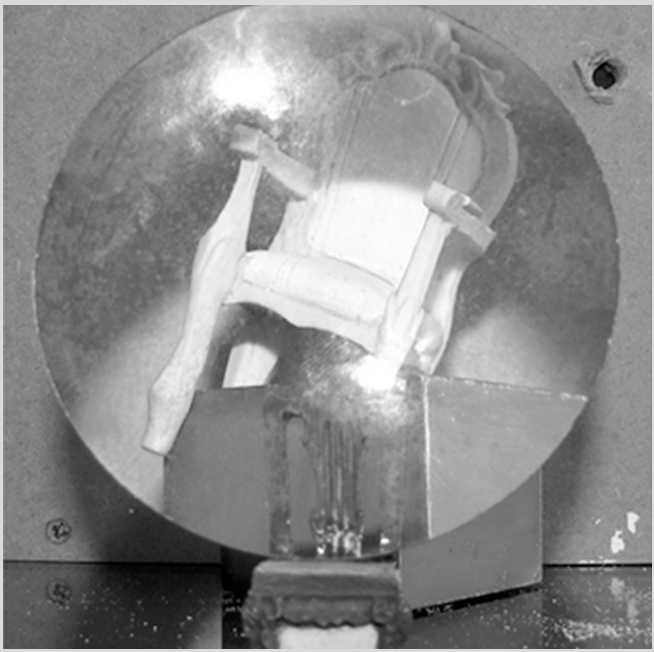
El desgarro de la impotencia. Saber la respuesta antes de hacer la pregunta es el principio de la barbarie. El diccionario ya no es dueño de nuestra inquietud por descubrir el sentido de las palabras. La fiesta está en otra parte. Habrá que buscarla en los juegos macabros de las redes sociales, en pantallas intrusas que exhiben falsos orgasmos para deleite del anacoreta, en los diábolos mercaderes de la maldad, en las despiadadas imágenes que evocan el mundo pobre, enfermo y hambriento que los poderosos césares, reyes y dioses supieron construir para otros, no para ellos. Fuera de la razón, todo es posible. ¿A quién le concierne el libre albedrío? ¿Es un espacio de felicidad o locura? Nadie elige convivir con asesinos, pero ellos tienen ojos para la muerte y no nos dejan de mirar. Y nosotros solo deseamos hallar el punto de equilibrio de la existencia. La danza circular del derviche expresa la imperiosa búsqueda de nuestro lugar en el universo. Impulsar cuerpo y mente hacia el centro de uno mismo, como una pipa que lanza el humo hacia el cielo. Detrás de esa estela mágica se expande el pensamiento, la energía de la creación, el goce de lo imposible y la libertad de abstraernos ante la brutalidad del destino. Embriagarnos de palabras para escapar de un ayer que no será peor a mañana.

— *Señor Magritte, ¿puedo entrar?* ¿No es un error o una herejía suponer que yo estoy dentro y que tú, estando fuera, quieras entrar? Quizás la ilusión tenga una visión muy personal del mundo, hasta el punto de que ninguno de nosotros estamos seguros del lugar que ocupamos en

nuestras vidas. Por supuesto que puedes entrar, pero ¿qué pasará con tu deseo cuando descubras, estando dentro, que no me encuentro por ningún lado? — *¿Crees que debería abrir la puerta para encontrarte afuera?* Si continúas así, humillado por la ironía, pronto me dirás que quieres saltar o simplemente caer. Hay una especie de molde que hace que la realidad se envenene con las circunstancias más contradictorias. La relatividad será la última luz encendida cuando todos se hayan ido. No hay respuestas instantáneas a preguntas que aún no se han formulado. Uno de nosotros tendrá que aprovechar la oportunidad, dispersar el rebaño de eslóganes, explorar las piernas de encaje de todas las declaraciones eróticas. Quizás ahora quieras suspender tu búsqueda de un sincretismo de paradojas. Blavatsky, Fourier, Artaud: ¿estaban dentro o fuera? El maquillaje es la tragicomedia de un materialismo científico que ha hecho la vida precariamente regular. La moda es la única contingencia obsesiva y fluctúa según las tormentas del mercado. En lugar de entrar o salir, ¿no fumarías una pipa conmigo?

— ¿Por qué no debería hacerlo, señor Magritte? Usted dibujó una gran pipa y abrió la puerta del misterio. Y, créame, entré a esa gran casa recargada de obsesiones y rituales, recorrí las habitaciones que celebraban la vida y la muerte con igual arrobo místico, bebí los vinos dulces y secos hasta agriar mi garganta. Y volví a mirar las figuras, los colores, los símbolos. Después me acosté sobre la alfombra de los magos celestiales, junto a todos los infelices de la tierra, que no se animan a soñar. Y encontré una mesa en completo desorden, con platos sucios y papeles arrancados de un cuaderno, donde había palabras, muchas palabras sueltas, como si hubiesen escapado de la página de un libro y no encontraron la manera de volverse canto, oración, sentencia, poema. Y en un rincón, casi cayéndose de esa mesa, apoyada sobre las cenizas, estaba ella, la pipa, brillando como una luciérnaga en medio de un témpano. Y me di cuenta, señor Magritte,

que allí en ese preciso lugar y en un mismo instante, hallé el origen de los tiempos. Su cuadro reveló que el Big Bang no fue la explosión que formó el universo; que todo resultó del chasquido de una cerilla. Así encendió la eternidad.



Las fulguraciones del espanto

¿Habrá sido la desnudez de Eva frente al atónito Adán la primera escena de espanto de la era cristiana? Cuerpos tendidos en el jardín del universo, mirándose uno al otro, comparando sus diferencias físicas y percibiendo el furor de los órganos sexuales. Cuánta obscenidad delineada en los códices bíblicos, explicando la creación de la humanidad. Y qué decían los libros sagrados de las antiguas civilizaciones respecto al primer hombre y la primera mujer que copularon como dos banderas amarradas al mástil del destino. ¿Por qué el color de la piel fue blanca y no negra? ¿Por qué tuvieron ojos almendrados y no rasgados? Es probable que aquel simulacro erótico solo haya sido una metáfora para dimensionar la omnipotencia de Dios como creador del cielo, la tierra y sus hijos dilectos. Pero ocurrió lo inesperado y la pareja inmaculada sucumbió al pecado de amarse más por obra de los cuerpos que del espíritu. La obsesión sexual los transformó en actores pornográficos: Adán bebió la sangre del clítoris mientras Eva mordió la fálica manzana. Es obvio, el relato no condice con los versículos del antiguo testamento. Allí reside la única verdad de la serpiente, lejos de la fantasía de escribas monásticos o del sarcasmo de un poeta maldito. Y nos sirvió para que el hilo de la historia comience a desovillarse y las criaturas inicien el camino de la sobrevivencia. Bajar del árbol, hundirse en la caverna, subir a un caballo, clavar una lanza. Y el dictado insoslayable del oráculo: solo vivirá el que mata.

La historia nació de muchas maneras. Mitra un día se robó el tiempo y declaró que a partir de ese momento el misterio sería infinito. La serpiente que enrosca su cuerpo no es la misma que sedujo a Adán. Cibeles engendró a sus amantes como fuente múltiple de transfiguraciones. Los cinco elementos eran irreductibles en su deseo de poseer a

su propia madre. El padre debe ser devorado por sus hijos. Cuando se le dio la palabra al hombre, determinó que nada podría haber existido antes que él. Desde entonces, la creación del mundo es una interpretación de la creación del hombre. Los dioses estaban encerrados en diferentes epopeyas, cada una de ellas sujeta a una perversión decisiva. Lo que quedó del pasado se consumió como un injerto de divagaciones. Fue cuando se ha descubierto el primer método de manipulación genética. Nada en la naturaleza puede ser específico, ya que solo el hombre capta en sí mismo la verdadera dimensión del ascetismo. La naturaleza solo conoce su totalidad en el corazón de las tentaciones humanas. Al despertar de su primer sueño, el hombre se dio cuenta de que era un prestidigitador, y utilizó sus cartas alternadas –el sueño, la vigilia, la muerte, el exilio– para definir las zonas intermedias donde todas las apariencias perderían sus secretos esenciales. Sus vidas serán marcadas por la ilusión y la melancolía. Las máscaras comenzaron a confeccionarse en un teatro al aire libre, donde santos y demonios eran figurantes de una fabulosa maldición. El oráculo había escrito su primera tragedia. El mundo nunca volvió a ser el mismo.

El terrible precio que pagó el hombre por escribir la historia a su manera se evidencia en las múltiples tragedias que sufrieron todas las civilizaciones. Aceptó el designio de los dioses y los magos, solo porque ambicionaba arrebatarles el poder. Así fue que regó el universo de incertidumbre, desolación y muerte. Tanta oscuridad por no conocer más allá de sí mismo le arrancó la máscara portadora de sueños. Entonces descubrió la ceguera del odio y no encontró jamás el camino para llegar al trono del rey Midas. Eligió arrasar la tierra, saquear aldeas, mutilar monumentos, abolir creencias. Por la espada de su fe corrió la sangre de los infelices. Poco valía el placer de la victoria si siendo invasor no cortaba la cabeza de quien pedía clemencia. Fue la negación de los opuestos. El contraste

de las escrituras. ¿Providencia o miseria? ¿Libertad o esclavitud? ¿Reparación o pérdida? Y de pronto, escuchó el vaticinio del poeta. Le decía al oído que ser y pensar son una misma cosa. No hay ser sin pensamiento, no hay futuro sin palabra, no hay amor sin sacrificio por el otro. Si eliges la voz de la belleza hallarás la armonía de la naturaleza; y si te sumas a la oración de los bárbaros solo te recibirá el espanto de la guerra. El hombre no se conformó con la oferta de la nueva revelación y siguió creyendo que era un dios. El mundo existe donde llega la punta de la espada, le confesó el espejo. Tu único camino siempre será la vigencia de una falsa ilusión a lo largo de los tiempos.

El arte no explica todas las desfiguraciones. Al construir carreteras y ciudades, las transgresiones se adaptaron a modelos pequeños. La visión de una conciencia universal planteaba un problema a los carros del comercio que avanzaban entre combinaciones de nuevas heridas: el superyó ardiendo en los jardines de la soledad más desesperada; las partículas de anuncios luminosos desgarrando el cerebro y transformando cada utopía en nuevos atributos de moda; la nostalgia de la prostitución reutilizada en los cordones de la ironía. Cuanto más se convertía en fundador de sí mismo, el hombre multiplicaba los accidentes asociados a una precaria teoría del montaje. La simultaneidad de fracasos y el uso de lenguajes desconcertantes se presentaron como la negación de toda sensibilidad. Este es un mundo de divergencias donde enumeramos las calamidades como el propósito inevitable de las nuevas sociedades. El lenguaje revela trastornos de la comunicación. Los ritmos quedan eclipsados por una cadencia sorda y suicida. Cuando el hombre se dio cuenta, no era la bomba la causa de la paulatina destrucción del planeta, sino la línea desolada del horizonte que tendía a desaparecer. La tierra prometida ya ni siquiera estaba embotellada en los viejos envases de la era del capital. La democracia había perdido su presencia plural. Un reino de

engaños repartió los papeles a todos los personajes que aún imaginaban un mundo donde fuera posible superar las tramas de un teatro deshabitado. Shakespeare fue la última llama que se repitió sin fin. Cuya trama nadie parecía haber tomado en serio.

Agripina se lavaba las manos con los vómitos de su hijo. Fue la dueña del imperio. Malévola, implacable, criminal. Se aprovechó de un inseguro Nerón, que transformaba su impotencia sexual en alucinaciones perversas. Eran amantes, dicen, o tal vez era ella quien ultrajaba al hombrecito que no podía seducir a una estatua. Confundieron el árbol con la serpiente y también mordieron la manzana del espanto, el mismo fruto que envenenó a Claudio. La tortura fue el mayor regocijo del poder romano. Las aguas rojas del Tíber socavaban los muros de la tragedia. Miradlo al divino, comentaba la plebe, sentado en el trono de la eternidad, aspirando a ser más ilustre que Moisés, Cristo, Edipo. No hubo religión ni mito que pudieran deshacer su túnica y arrojar la corona por las escaleras del infierno. Hasta que recordó desde su culposa memoria las palabras mágicas de la infancia y el corazón se embriagó de piedad. Y para purificar el alma usó el fuego supremo que durante una larga noche se propagó por la ciudad victoriosa. Rómulo y Remo ardían dentro, abrazados a la loba. Los centuriones huyeron de las llamas como un relámpago. Ya no hubo pan y circo. Ni siquiera los versos de Ovidio vibraban en el aire caliente. Solo el emperador reía a carcajadas y ejecutaba la lira con sus manos transformadas en brasas, llamando a su madre a compartir el vino del éxtasis. Vida y muerte pactaron una espinosa dualidad que la historia no logró separar en aquellos catorce años de horror. Y todo continuó por siglos, porque detrás de la máscara de la obscenidad se ocultaron miles de hombres nuevos, gozantes de poder, que infectaron al mundo de calamidades, holocaustos, genocidios. Extraña manera de ceder ante el hechizo de la soberbia.

Cuando las noches caen sobre los escombros de una tierra prometida, los supervivientes preparan ungüentos con restos de un lenguaje que acabó eliminado por las agonías disidentes. Los locos retoman la técnica y el trabajo de sus operaciones subterráneas, los paraísos han sido sacados de circulación, solo queda una impresionante analogía de especies no coincidentes. Las profecías más absurdas aturden a los espíritus que huyen. Quizás sería necesario contratar nuevos guionistas, una vez agotada la imaginación de los dioses instaurados hace milenios. Dante alguna vez fue conocido como la mitad irracional del mito. Por otro lado, Nietzsche, actuando como su antagonista, ya no encontraba solución para definir nuevas expresiones en las criaturas desmayadas que agonizaban en el escenario. Los dos llegaron a la conclusión de que la única dialéctica posible era la de esos ojos que se abrían dentro de las heridas del desencanto. Las páginas sueltas de esta nueva versión de la historia humana fueron impresas y distribuidas apresuradamente por todas partes, con groseros errores y moralejas fuera de lugar, pura debacle resultante de voces patéticas que querían a toda costa revertir el papel de las almas errantes. Todo empeoró como la última frase que el fantasma de Job aún se empeñaba en describir: *La tierra lúgubre y sombría de tinieblas y desorden donde la luz es noche sombría*. Solo el vacío fue un gozoso preludio de aquellas máscaras gastadas amontonadas al fondo del teatro.

Por el cielo de la noche flotan luciérnagas ante las fauces del lobo. Pequeñas musas que alumbran a las criaturas del bosque y advierten la amenaza del depredador. No se dejan vencer por el pánico de las sombras. Conocen el origen de los secretos y que los fantasmas son imágenes reflejadas en las hojas. Ellas conocen el camino de la salvación y usan la luz como un señuelo para encontrar una salida hacia la libertad. Por eso se han vuelto eternas, porque los ojos de la muerte están cegados para ellas. Los

hombres, que poseen una historia de identidades difusas, nunca han sabido cruzar la oscura espesura. A veces, por tener el miedo de los ciervos; otras, por cubrirse con la piel del lobo. Envidian el vuelo de los pájaros, se estremecen con el croar de las ranas, pero siguen adentro, inanimados. Llegan hasta el último árbol, pero no siguen tras la estela del sol. Prefieren la fortaleza de lo oculto, lo que no quieren saber, lo que niegan amar. Solo el leve murmullo del rocío reina en el fondo del bosque. Y el viaje incesante de las luciérnagas por el vasto silencio, sobreviviendo al tormento de la humanidad, al pavor de la ignorancia. La luna las protege, porque son portadoras de palabras, pensamientos, metáforas. Han nacido para emocionar y embellecer al mundo, para que siempre sueñen con ellas y las recuerden. Son hijas veneradas de Mnemósyne.

Es posible que hayamos llegado a la conclusión de que el asombro ha perdido el propósito de venerar el misterio y se ha dejado electrocutar por las exasperaciones políticas y las escaramuzas del arte al servicio de las obsesiones más bajas del ego. Todo es posible, ya que la moneda atómica define el principio de las apuestas y las sombras caídas de la lucha de clases, ese fantasma que responde con cierto orgullo cada vez que se le pregunta sobre inconsistencias ideológicas. La interpretación del mundo perdió influencia, se convirtió en el guion reiterativo de series que subvierten ideales como una historia fallida. Los intelectuales compiten en subastas ilegales por las últimas botellas de Perrier con las que esperan no derramar su nostalgia. Los recientes desórdenes del futuro dejan filtraciones de humillación. El mercado es el máximo triunfo posible. Estamos tan perdidos unos de otros que incluso las antiguas técnicas de supervivencia ya no se aplican. Un día pensamos que Oppenheimer sería el profeta del fin de la historia. Hoy luchamos, si todavía luchamos, contra fantasmas que cínicamente nos advierten: ya nadie está interesado en la naturaleza humana.

Resta esperar que los *guasones* salgan a las calles a enseñarnos a reírnos de nuestros propios dramas. Que admitamos la fealdad, la violencia, el agobio. Tal vez los misiles que cruzan los cielos de Oriente hagan felices a los niños que juegan en los escombros de sus pueblos; o las nuevas drogas que deambulan por los puertos de Occidente se conviertan en calmantes para una sociedad atormentada, desplazando al opio de otrora. ¿Resucitarán los dioses para salvarnos? ¿Renacerá la conciencia para creer en nosotros mismos? ¿Estamos a tiempo todavía? Mientras los fantasmas de la historia regresan al bosque, la metáfora borgiana suena cada vez más cerca: *no nos une el amor, solo el espanto.*



Los escombros del lenguaje

Entre ríos ahogados y tierras asfixiadas, la semejanza perdió su valor y por donde pasó el hombre, los cadáveres se convirtieron en el exceso heroico de batallas que nunca se libraron en ningún momento. El fuego es sol. El trueno es pantanoso. Los espejismos conocieron en profundidad el secreto de los arquetipos que se refugiaron en interpretaciones confusas de las fuentes retóricas de innumerables crímenes que quedaron malditos y olvidados. El hombre nunca fue hecho a imagen de Dios. No hubo homenaje al camino cósmico, la paradoja nació desprovista de todo prodigio. Una cabeza redonda, las vísceras en número de cuatro, las articulaciones que ocupaban el tronco de un gran árbol en desequilibrio. Los moldes se dibujaron a través de emboscadas, la cocción de fuerzas adversas y el error prolongado como única perfección consumada. Con estos iconos quedaron grabados los límites de acción de los espíritus desesperados. Nada justifica la imagen humana clavada en las paredes de los grandes salones de piedra. Templos, pentagramas, miniaturas. Un incienso incierto para el funeral de cada entidad. Un jardín de cenizas, Leviatán sonámbulo, tablillas de limbo en las mejores casas del negocio. Larga vida a la semejanza y al héroe que se desmayó como un maniquí que no sabía a quién servía.

El profético aliento del lenguaje. Tirar palabras al aire, jugar con ellas como un malabarista ebrio y dejarlas caer en el mesón de los acertijos. Nombres, objetos, circunstancias, cada cosa en su lugar. El anciano régimen reunido frente a la hoguera, mirando el paso de las estrellas, respirando el aroma de la tierra. Y el festín de la elección iniciática. Habrán dicho: se llamará *árbol* y todo lo que está a su alrededor tendrá el nombre de *bosque*. Según Saussure todo fue arbitrario. Solo había que seguir el paso del destino a través de las civilizaciones, de

las lenguas, de las culturas que formaron el planeta de las contradicciones. ¿De dónde proviene la palabra *madre*, tan semejante en todos los dialectos? ¿Habrá sido la raíz de la condición humana, la primera hoja de la naturaleza, el primer embrión de la comunidad? El sombrío abismo de la duda aún ensombrece el designio de los dioses. Ellos dieron vida al hombre y el hombre los desafió inventando la razón, el pensamiento, la memoria. Y se volvió carnal. La guerra de los tronos incendió la leyenda sagrada. Creer no es lo mismo que padecer, profetizaron los devotos del mal. Y los pueblos sangraron hambre, miseria, ignorancia. Y de pronto el hombre se sintió amparado por los demonios y dejó de lado la beatitud de los salmos. Eligió la destrucción de la dialéctica. Con el tiempo imaginó que no existía algo más excitante que la palabra *paz*. En el fondo de su origen tal vez la confundió con la palabra *página*. Estar en paz fue dar vuelta la página. Sucedió con el milagro del libro, con el resuello liberador del lenguaje. Entonces el hombre volvió a creer en los dioses.

Y con ellos repitió sus imágenes atormentadas por otras imágenes, una orgía indisciplinada de arquetipos decadentes. No había otra forma de convencer a las sociedades de que el futuro, incluso incierto, tenía un atractivo ideal para quienes consideraban las fórmulas un negocio rentable. Las salas de los gimnasios comenzaron a utilizarse para rellenar carpetas que cumplían con todas las tendencias. Soluciones listas para usar para el juego del mercantilismo. Palabras desprovistas de ideología, uniformadas a buen precio y bajo los prismas multifacéticos de la publicidad. De esta forma, los dioses volvieron a actuar en circos y programas de televisión. Las imágenes actuaron como accidentes mortales, alentados por los gobiernos, pero en cualquier momento era posible recuperar su confianza en la historia. Se han abolido los descubrimientos personales. Ciertas actividades culturales estaban condenadas al espionaje y

los raros estoicos supervivientes encontraron en prácticas inexactas la relatividad, por sospechosa que fuera, de sus resurgimientos populares. Ya no había manera de que predominara la dialéctica. Sólo la burocracia prefiguró el dominio de las nuevas capas feroces del destino. Los viejos carteles de Madame Bovary, escandalosos en el pasado, cuando no se cansaba de declarar: *Flaubert*, c'est *moi*, hoy ni siquiera eran vistos como errores típicos de una época. ¿Cómo podemos creer que un día la obra y la vida fueron percibidas como entidades inseparables? Ni siquiera las religiones, responsables de la disección de las lenguas, admitieron que el primer ser, hermafrodita, fue concebido con ambivalencia espontánea. El hombre había desaprendido por completo cómo ser humano.

Las sociedades actuales insisten en considerar que la verdadera comunicación corresponde a la voluntad inflexible de escuchar mediadores analógicos que vociferan desde las pantallas para informarnos el pronóstico del tiempo con la misma sensibilidad analítica que utilizan para revelar un teatro bélico, una crisis económica o una tragedia sanitaria. El lenguaje ha quedado reducido a la utilidad que tendría el timbre en la puerta del panteón. Solo repiquetea el mínimo temblor de esas pocas palabras que se utilizan para contar la realidad, los sueños, la fantasía. Cenizas, escombros, briznas del saber pujan contra el viento del futuro. ¿Cómo se alimenta un hombre ausente de habla? ¿Cómo se aleja de las tinieblas? ¿Cómo se libera de la esclavitud de los dioses? En la antigüedad, se creía que una ciudad solo podía ser feliz si corría sangre por sus calles, si el fuego destruía los caseríos, si las flechas perforaban puertas y ventanas. Ocurría porque nadie quería conocer la verdad. Era preferible seguir la voz de los sacerdotes indicando el norte de la demencia mientras glorificaban el alma de niñas violadas. La falsedad del relato como emblema del devenir celestial. Así se fue acomodando el lenguaje en la historia, a pura violencia, soportando

holocaustos, derrumbes, explosiones, crímenes. Siglo tras siglo salieron los escribas para consolarlo. Se agregaron filósofos y poetas. Y la sangre se confundió con el vino y la tinta. Las palabras respiraron, se unieron para construir frases, pensamientos, versos. Torres de Babel iluminaron el otro cielo, aquel que apagó la clerecía con su obstinación y los creyentes con su ignorancia. Un cielo que hoy resiste el dislate que corroe nuestras mentes artificiales.

Quizás fuimos expulsados del otro lado del Paraíso, considerando que el árbol del conocimiento nunca se limitaría a separar el bien del mal. Sólo la intención de dominio sobre todos los seres podría atribuir el pecado a la conciencia. Las máscaras y la pintura de guerra dieron al hombre las primeras ramas de la violencia que nunca dejaría de cometer contra sí mismo. Ilusión y conquista coincidieron en la seducción ajena, en la demagogia de las posesiones indebidas, sin que a nadie le importen los laberintos de la sedición: los combates electrónicos, los códigos del deseo de lo desconocido, el arte de matar –el mundo en el que están todas las religiones son púnicas, así como las apariencias son el cableado eléctrico de los imperios. ¿Desde cuándo todos perdieron el propósito de hacer algo? El disfrute de la comunicación tiene sus raíces en el descubrimiento de otras formas de ser. ¿Por qué nos escondemos en el laberinto de verdades subjetivas? ¿A qué conclusión nos lleva el libre albedrío? La interpretación filosófica puede ser una forma de ocultar el cadáver del mal. Gracias al abuso de la fe, el hombre se ha vuelto escéptico. Las máximas suspenden el juicio, crean una norma irreductible. ¿Por qué el hombre no se pregunta qué queda de sí mismo entre los escombros de tanto lenguaje confuso? Uno de nosotros algún día clavará la espada en un muro carnal.

Hemos vivido ilusionados con la realidad exterior. ¿Por qué podemos encontrar la belleza solo en los objetos de arte, en los paisajes naturales o en el aspecto físico de

los individuos? ¿Acaso no aprendimos a mirar nuestro interior, acceder a lo más profundo del ser, amar la belleza espiritual que poseemos, alabar nuestro intelecto, vivir los sueños en tiempo presente? El lenguaje ha tenido la capacidad de penetrar bajo tierra y arrancar de raíz el dolor de la soledad. Nos explicó cómo vuelan los pájaros, cómo viajan los peces contra la corriente, cómo conviven las criaturas del bosque. La sublime belleza de la naturaleza en su gran esplendor. Y todo lo que fluye a través de ella: el agua, el polvo, el humo, la niebla. Estamos en el mundo para conocernos, comunicarnos, seducirnos, reproducirnos. Nada ni nadie debería llevarnos a la destrucción del otro. Por eso el lenguaje obligó a los dioses a no cometer el error de conservar la humanidad bajo el dominio de sus antojos. Y enseñó a los hombres más visionarios que ninguna revolución llega en el momento preciso. Hacer vibrar la palabra en los parches de la imaginación, inventar nuevos paradigmas, cubrir a las bestias con flores de los jardines dorados, alzar la música de los amantes hasta que la felicidad ahogue los pulmones de la perversidad. ¿De qué otra manera nos puede servir el lenguaje si solo nos miramos en un espejo empañado para no reconocernos? ¿Quién se anima a despertar con la voz del poema el corazón de los infelices?

El corazón de las tinieblas, la vigilia fecunda de los conflictos, las acrobacias más repentinas del azar. Aprendemos que todo es un juego, que el lenguaje sólo se reconoce dentro de su casa secreta de apuestas. Por eso los descubrimientos acaban dividiendo las ciudades, exigiendo de cada uno de nosotros una habilidad que pronto nos damos cuenta de que puede compensarse en la cola de los sobornos. El lenguaje es una demostración de fuerza, un psicodrama donde los fantasmas exigen un alto precio por su participación, los pequeños huesos que preparan las conexiones entre los sentidos. Siempre habrá un juicio final al pie de cada aventura. La evidencia

criminal de las trompetas. Los ángeles atentos a los campos de transposición de las almas. Todos los dioses tienen dos caras. Altruismo y avaricia, como señal de que, si un día la sangre se mezcla con el vino, el hombre alcanzará una longevidad mística. El hombre perfecto parece un truco del esplendor, donde nada se compara con el tormento de esta ilusión. El lenguaje actúa según medida, se le da peso, moralidad y significado. Los refranes están escritos en salas de reconocimiento, correspondiendo cada uno al cadáver que decide sobre las cualidades y defectos de su vida sedentaria. La prosperidad es la última carta de la batalla, volteada por el viento cuando el juego ya había llegado a su fin.

Buscar la perfección es iniciar el camino de la creación yendo hacia atrás. El hombre ha quedado a mitad de camino de la fortuna y la ruina, de la promesa y la falsedad. Quiso saber cómo era la muerte antes de prolongar la vida. Buscó la memoria entre retazos de conciencia para reconstruir un pasado heroico que lo llevara a la redención absoluta. Nunca conoció la libertad, creyó poseerla con la fuerza de la espada y el poder de la tierra ultrajada. Levantó ciudades para aislar al rico del pobre, la pureza cortesana de los enfermos y desvalidos, los obscenos manjares del hambre espiritual. Incluso, quiso ser amo y solo fue la otra mitad de la esclavitud del sometido. Civilizaciones atravesadas por fragmentos de relatos, mitos, batallas y milagros. Mercados de ilusiones y cadáveres. El tiempo devastado. Ignoró que a su alcance siempre tuvo al lenguaje como horizonte, propiciando la utilidad del saber y la dimensión de lo desconocido. Pero las puertas se abrieron hacia el desvarío, la venganza, el suplicio. No hubo belleza. Tampoco armonía. Menos aún placeres en los cuerpos. El hombre calló para esconder su arrogante cobardía. Y porque nunca pudo explicar lo que no supo decir es que el lenguaje se hizo imprescindible. A partir de allí le perteneció el habla y la escritura, convirtiéndose

en un espacio infinito de discursos sagrados y profanos. El salvador de la historia de todas las culturas. Tenaz regente de las imperfecciones humanas.

Esta sería una hermosa perspectiva de reiniciar la historia perdida de la humanidad, si no fuera porque el lenguaje está tan desgastado, el imperio es el ruido de los significados, el exilio de la verdad. Los graneros están ciegos, vacíos de esencia. El silencio se convirtió en un tumulto inquietante. Las leyendas fueron reemplazadas por anécdotas ridículas. La imaginación es un monstruo desterrado que ciertamente se esconde en alguna región subterránea de la mente humana. Ni las especulaciones de amor-odio de Empédocles, ni la metafísica anticipatoria de Plotino. Cuando se abrió el telón el escenario ya estaba abandonado. El mundo de las ideas, que durante siglos no hizo más que retocar algunos trucos y tramas de Shakespeare, había llegado ahora a su trágico límite y la realidad ignoraba por completo quién debía interpretar. Un mar borrado en la tabla del tiempo, un mar de sacrificios inconscientes, tan oscuro como el alfabeto que ha perdido el origen de las palabras. Cantando o contando, toda la magia se esconde en el vientre de una ballena desconocida. Las voces desgarradas que aún escuchamos en el interior son fantasmas que arrastran sus cadenas entre las vísceras y los escombros. La caída es la única abundancia donde antes habíamos aprendido el sabor de las elevaciones. ¿Desgaste del lenguaje? ¿Fatiga existencial? Quizás era necesario descubrir una nueva configuración del destino. Inventar un nuevo elemento capital que defina la existencia. Si permanece como está, nos engañaremos hasta el último chapuzón de la vida, perdiendo nuestras raíces e incluso el resumen de la memoria. Nos arrastraremos por el camino hacia la tumba, sin darnos cuenta de lo que sucede.

El punto final de la vida colectiva comienza a visibilizarse en la ausencia de palabras, en el lento exterminio del habla como vía de comunicación. La

sociedad ha perdido el sentido del diálogo y la omnipotencia de sus tiranos están desintegrando día tras día el frágil tejido democrático que se pudo construir durante tantos siglos. Hemos despertados a las bestias sin tener a mano un somnífero para aquietarlas. En defensa de la soberanía de los pueblos se violaron las leyes, los derechos, los sueños colectivos. ¿Qué representa la libertad? Poco, tal vez nada. Acaso un eufemismo lanzado contra el viento del desierto mientras los nuevos ejércitos bárbaros fluyen de las redes sociales vociferando el triunfo de la violencia y la intolerancia. En el mundo clásico, Aristóteles atribuyó a la juventud el tiempo de la pasión. En la actualidad, desde la casa mayor de Roma, el sumo pontífice les propuso hacer lío como si la rebeldía fuera un acto divino. Pero nuestros jóvenes están aturdidos e indefensos. Ya no creen en la historia inventada por los mayores, porque son huérfanos del Estado, del Mercado y de la Democracia. El camino que deben transitar se encuentra cubierto de espinas y no entienden cómo se produce el fenómeno de la sucesión de la virtud. Ellos se sienten inútiles, desechados, inoperantes. ¿Cómo forjarán la conexión con el futuro si el presente los invalida? No es yendo oscuramente hacia adelante que se alcanza la felicidad y la armonía. El horizonte del tiempo solo podrá distinguirse a través del fortalecimiento del lenguaje como reflejo del saber, la concordia y el amor. Será la última oportunidad para que celebren unidos soberanos, dioses y pueblos. Y la juventud tenga palabra.

SOBRE LOS AUTORES



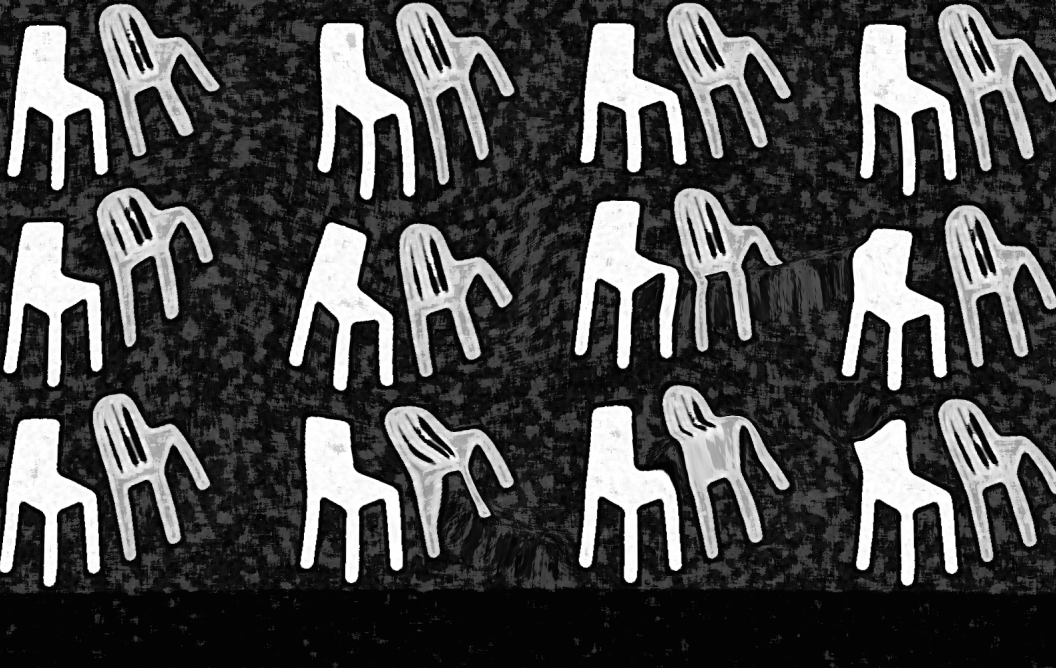
CÉSAR BISSO (Argentina, 1952). Poeta y ensayista. Ha publicado los siguientes libros: *La agonía del silencio; El límite de los días; El otro río; A pesar de nosotros; Contramuros; Isla adentro (Primer premio de poesía José Pedroni); De lluvias y regresos; Las trazas del agua* (antología); *Permanencia; Coronda* (antología); *Cabeza de Medusa* (ensayo); *Un niño en la orilla* (Segundo premio municipal de poesía Ciudad de Buenos Aires); *Andares; La jornada* (Tercer premio Fundación Argentina para la Poesía); *De abajo mira el cielo*. Fue invitado a participar en diferentes ediciones de ferias de libros, festivales de poesía y encuentros culturales realizados en ciudades de Argentina, América Latina y Europa. Algunos de sus escritos han sido incluidos en diversas antologías publicadas en el país y en el extranjero; otros textos fueron traducidos al inglés, portugués, francés, alemán, italiano y árabe. Este ensayo fue escrito al alimón con Floriano Martins, en una sesión automática.



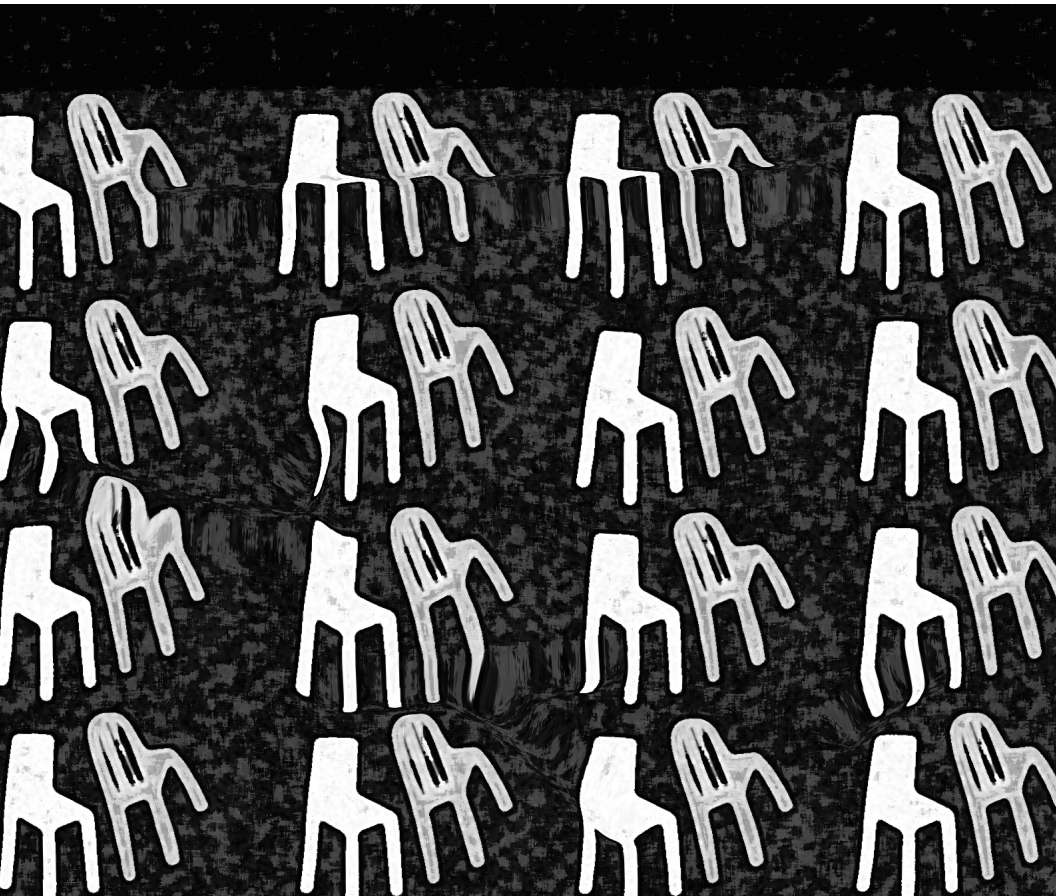
FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957). Poeta, editor, dramaturgo, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*. Coordinó (2005-2010) la colección "Ponte Velha" de autores portugueses en Escritos Editora (São Paulo). Curador del proyecto "Atlas Lírico de Hispanoamérica", de la revista *Acrobata*. Estuvo presente en festivales de poesía realizados en países como Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, México, Nicaragua, Panamá, Portugal y Venezuela. Curador de la Bienal Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), fue profesor invitado en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de César Moro, Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes se encuentran *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *El Iluminismo es una ballena* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), *Antes de que se cierre el árbol* (poesía completa, Brasil, 2020), *Naufragios del tiempo* (novela, con Berta Lucía Estrada, 2020), *Las mujeres desaparecidas* (poesía, Chile, 2022), y *Sombras en el jardín* (poesía, Brasil, 2023).



Memorial de los abismos de César Bisso y Floriano Martins se terminó de ensamblar en su versión digital en junio de 2024.
En su composición se utilizaron los tipos: Minion Pro, JMH Typewriter y Times New Roman: 10, 12, 14, 18.



2024



COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024